

Serie terror
THANATOS

Elliot Dooley

**Los «no-muertos»
y la Mambo**

NOVELA INEDITA



EDICIONES FORUM

ASTRI



A

TERROR

ELIOT DOOLEY

LOS "NO MUERTOS" Y LA MAMBO



LOS "NO MUERTOS"
Y LA MAMBO

LOS 'NO MUERTOS' Y LA MAMBO

© ELLIOT DOOLEY

Texto

©

Cubierta

1.ª edición: julio de 1992

Esta publicación es propiedad de

EDITORIAL ASTRI, S.A:

Secretario Coloma, 121, bajos

08024 - BARCELONA

ISBN: 84-469-0095-5

Depósito legal: 29.434 - 1992

Imprime CRONION

Tel. 336 42 13

08004 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

Salu mambo, salu mambo kay là!
Ca ki pa konê li
Ya maché po konê li
Ca ki pa té ouê li
Ya maché pou ouê li, a tot
Salu mambo, salu mambo kay là!

¡Saludemos a la mambo, nuestra madre!
Que aquellos que no la conocen
Se acerquen para descubrirla.
Que aquellos que no la han visto aún
Se acerquen para contemplarla.
¡Saludemos a la mambo, nuestra madre!

CÁNTICO VUDÚ

1

Los árboles del bosque perfilaban sus sombras amenazadoras, tremendamente alargadas por el sol rojizo del atardecer. Muy pronto el lívido círculo de la luna llena reemplazó al astro diurno para iluminar los campos y el bosque con una pátina plateada y gris.

El silencio de la noche se vio súbitamente interrumpido por una cantinela, monótona y rítmica, de gente que marchaba por el bosque, a pie, acomodando su paso a los sonos de aquella melopea.

Eran negros, mulatos y cuarterones⁽¹⁾ de ambos sexos; pobremente vestidos o cubiertos de astrosos harapos. Sin embargo, había en ellos algo en común.

El fanatismo.

Todos ellos, hombres y mujeres, practicaban los cultos del vudú.

Parecían surgir de todas partes o de ninguna.

Era como si la madre tierra los expulsara de su seno, vomitándoles de sus entrañas, apartándolos de su infierno para envenenar la noche y sembrar el terror en la tierra dominada por los blancos.

Poco a poco, los distintos grupos fueron reuniéndose hasta formar una columna que, semejante a una gigantesca y ululante serpiente, avanzó hasta llegar a un claro del bosque delante del cual se alzaba una cabaña de troncos y techumbre de hojas de palma.

La luz lunar parecía haber crecido en intensidad, como si el astro de la noche se recreara iluminando aquellas figuras humanas, a las que imprimía un aire fantasmagórico, siniestro, amenazador.

Los vudúistas llegaron al claro y, luego de distribuirse en amplio semicírculo frente a la cabaña, se detuvieron todos.

Los cánticos cesaron como por ensalmo.

Un silencio denso y ominoso se plasmó en el aire, proporcionándole esa pesadez o bochorno que es presagio de una tormenta inminente; tormenta que si podía fraguarse en el cielo, se enraizaba, sobre todo, en los allí reunidos.

Tres jóvenes, negra la primera, cuarterona otra y mulata la tercera, se adelantaron hasta situarse en el centro del claro;

Eran las *Hounsi-Concis*, las ayudantes del *Houngan*.

El silencio pareció incrementarse, si eso era posible. Las miradas de hombres y mujeres no se apartaban ni un ápice de la puerta de la cabaña, en la que, al cabo de unos instantes, apareció la huesuda figura del *Houngan*, en quien todos reconocían al supremo sacerdote.

La negra y arrugada cara se contrajo en una mueca de satisfacción, a la vista de los presentes, mostrando su desdentada boca, que contribuía a hacer más repulsivo su aspecto.

Pierre Surande, el *Houngan*, alzó su sarmentosa diestra, agitando el cascabel de madera que empuñaba y, en dialecto criollo, llamó a dos de sus acólitos, los incondicionales *Houncis*.

— ¡Mouton! ¡Bumbi! ¡Traed a la falsa *Yemanyá*!{2}

Casi al instante, dos jóvenes negros, que aún no debían haber cumplido los veinte años, irrumpieron en el claro tirando de una mujer blanca, completamente desnuda, cuya rubia cabellera flotaba al aire, y sus verdes ojos miraban estrábicos en torno suyo, reflejando el tremendo horror que la dominaba.

A un gesto del *Houngan*, los negros empujaron a su prisionera derribándola y haciendo que cayese al suelo, a los pies del siniestro Surande, que la contemplaba con ojos brillantes de lujuria.

— ¡Laplace! ¡El gallo!

Un mulato fornido, que figuraba como el ayudante del *Houngan*, se apresuró a salir del chamizo, portando en una mano el ave y en la otra un afilado cuchillo de cocina.

La mueca que curvaba los agrietados labios de Pierre Surande se hizo más amplia al apoderarse del gallo negro y del cuchillo.

— Sangre... sangre... sangre...

Mientras repetía aquella palabra, el *Houngan* puso el gallo sobre la carne mórbida y atrayente de la mujer blanca.

Antes de que ella pudiese hacer el menor gesto de rechazo, Surande decapitó el ave, moviendo el cuerpo del animal por encima del de la mujer rubia, para que la sangre se expandiese sobre sus turgencias que, manchadas de rojo, parecían más blancas que antes.

El *Houngan* alzó sus ojos al cielo y con voz lúgubre clamó:

— Quería ser nuestra *Mambo* y es una falsa *Yemanyá*. ¡Acéptala como ofrenda, *Padre Babako*!

Al instante, Pierre Surande fue coreado por los presentes.

— ¡Acéptala, *Babako*!

El ayudante del *Houngan* prosiguió la invocación al *Loa* maligno, mientras Surande se volcaba sobre su víctima, para poseerla brutalmente, profiriendo bramidos de placer.

Una vez satisfecho, colmado ya su apetito sexual en la indefensa pero tentadora mujer blanca, el *Houngan* se puso en pie y, señalando a su víctima, vociferó:

— Ahí tenéis a la falsa *Yemanyá*. ¡Es vuestra!

Pierre Surande retrocedió pausadamente hasta la puerta de la cabaña, permaneciendo allí, de brazos cruzados, contemplando como Laplace, primero, los *Houncis*, y los demás adeptos a continuación, violaban uno tras otro a la que, hasta entonces, fuera una hermosa y seductora mujer blanca.

Marie Delasage permaneció tendida en el suelo durante varias horas. Ya no estaba en la cabaña ni en el claro del bosque al que le había llevado su curiosidad y el deseo de participar en uno de los ritos iniciáticos del culto vudú.

Ella no lo sabía pero los *Houncis*, los fieles servidores de Pierre Surande, la habían llevado hasta la linde del bosque, abandonándola allí completamente exánime.

La mujer gimió como un animal malherido.

A costa de un tremendo esfuerzo, la esposa del doctor Delasage logró arrastrarse hasta apoyar la espalda en el rugoso tronco de un árbol. Respiró hondo sintiendo en su cuerpo aquel duro contacto como una protección.

— ¿Dónde estoy?... ¿Qué me ha pasado?... ¿Qué hago aquí?...

Una especie de niebla ofuscaba su cerebro impidiéndole pensar con lucidez. Incapacitándola para recordar.

Aquella noche parecía sumida en densas tinieblas.

Unas tinieblas que la memoria no quería penetrar como si presintiera que, haciéndolo, descubriría algo horrible.

—Tengo que irme de aquí... Sí, pero... ¿a dónde?

Marie adelantó instintivamente una pierna, comprobando que podía moverla. Entonces descubrió el desorden de sus ropas y, atemorizada otra vez, volvió a preguntarse qué podía haberle sucedido para hallarse allí y en aquel lastimoso estado.

El dolor se hizo patente en ese instante.

La mujer exhaló un quejido y se tambaleó teniendo que abrazarse al árbol para no desplomarse y rodar por el suelo.

Sacando fuerzas de flaqueza, acicateada por el instinto de conservación, la esposa del doctor Delasage comenzó a correr, dando continuos traspiés y sollozando ininterrumpidamente.

Marie no sabía decir qué le guio hasta su casa. Lo cierto es que llegó hasta el jardín que rodeaba la mansión, pero, al intentar subir los cuatro escalones que llevaban al porche, se desplomó como un fardo, agotadas ya todas sus fuerzas.

Ella seguía gimiendo, llorando...

Igual que si estuviera viviendo un mal sueño, Marie Delasage oyó

pasos en la veranda, que se hicieron precipitados al bajar los escalones. Trató de contener las lágrimas que manaban de sus ojos y alzó el rostro para ver quién era la persona que se inclinaba sobre ella y le prodigaba frases de consuelo.

No identificó la cara de aquel hombre y, sin embargo, se trataba de André Delasage, su marido.

Entonces Marie cerró los ojos y perdió el sentido.

3

Stefan Corker entró en el piso con la sonrisa en los labios, visiblemente satisfecho. Llevaba en la mano derecha una carpeta con documentos. Avanzó con paso rápido hasta la salita, seguro de que encontraría a su mujer.

No se equivocó.

Isadora estaba recostada en el sofá, apoyada sobre un codo, en tanto que movía el otro brazo para agitar el daiquiri y mezclar en el vaso el hielo con el combinado.

— ¡Albricias, Isadora! —exclamó el recién llegado.

Ella dirigió la vista hacia su marido y enarcó una ceja.

— ¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Cómo vuelves tan temprano a casa?

— ¡Traigo grandes noticias! —exclamó él mostrándole la carpeta de documentos que llevaba en la mano.

Isadora esbozó una sonrisa dubitativa y llevó su diestra hacia la boca. Bebió un sorbo del ya frío daiquiri, y luego, escuetamente, exigió:

—Explícate.

Él se sentó a su lado, en el sofá, y abrió la carpeta para mostrarle los documentos mientras le decía:

—Recibí una carta de Roscoe, Ludger & Owden, abogados, citándome en su despacho. Y... ¿a que no sabes para qué?

Isadora se encogió de hombros, con un gesto que patentizaba su ignorancia, llevando de nuevo el vaso a sus labios para beber un segundo sorbo del daiquiri.

—Mientras no lo aclares tú... —indicó sin mostrar ni poco ni mucho interés.

Stefan pareció algo molesto por la indiferencia de que ella hacía gala, y en tono triunfal explicó:

—Los abogados me llamaron para notificarme que soy el único heredero de Ange Duplasier. ¿No te acuerdas de él?

Isadora movió la cabeza, negativamente, y él aclaró:

—Era el hermano de mi madre...

— ¿Y te ha nombrado heredero de qué?

—De una enorme plantación en Haití y del dinero que tiene en sus bancos. ¡Somos millonarios, *chérie*!

Isadora captó el significado de aquellas palabras y también que su marido había empleado una palabra poco habitual entre ellos.

— ¿Por qué me llamas *chérie*, así, en francés?

Él sonrió ampliamente.

—Porque ese es el idioma que se habla en Haití. Un idioma al que tendremos que acostumbrarnos y que deberemos hablar para convertimos en unos perfectos hacendados cuando nos instalemos en la plantación. Por cierto, ¿sabes cómo se llama?

Isadora hizo un mohín al replicar:

—Haces unas preguntas estúpidas, querido. ¿Cómo voy a saber cuál es el nombre si acabo de enterarme ahora de su existencia?... Pero como tú pareces loco por soltarlo, anda, dilo de una vez.

—Se llama *L'Esplendeur*. ¿Te das cuenta?... ¡El esplendor!

Isadora había terminado con su daiquiri y se levantó con gesto entre lánguido y perezoso. De cuanto acababa de decirle su marido algo había quedado impreso en su mente: gracias a la muerte de aquel Ange Duplasier, tío de su marido, se habían terminado para ellos las mediocridades y los apuros.

La mujer comprendía bien que ya no tendría que pasar lo inimaginable para llegar a fin de mes. Iban a ser millonarios... ¿Que iban a ser?... ¡Lo eran ya!

Muy mimosa, cambiando radicalmente de actitud, Isadora se acercó a su esposo y le acarició la mejilla.

— ¿Y cuándo entrarás en posesión de esa herencia?

—De la plantación me haré cargo cuando nos instalemos en ella, pero del dinero... ¡me he hecho cargo ya!

Y con gesto de triunfo sacó la cartera del bolsillo del pantalón, mostrándola abarrotada de billetes.

— ¡Mira, Isadora!... ¡Mira! ¿Alguna vez has visto tantos billetes juntos?

Los ojos de ella se clavaron en la cartera, que parecía haberse inflado a causa de los billetes. Luego, besando la mejilla de Stefan, le susurró al oído:

—Esto hay que celebrarlo... ¿No te parece?

—Desde luego. Por eso saqué un poco de dinero de una de las cuentas corrientes.

— ¿Un poco? —repitió ella, entre asombrada y radiante.

—Sí, *chérie*. Un poco. Ya te dije que tío Ange era millonario. Y ahora, gracias a él, lo somos nosotros.

Isadora acercó sus labios a la boca de su marido para besarle larga, profunda y voluptuosamente.

Los sentidos de Stefan se encendieron con aquel contacto y sus

manos se movieron acariciantes por encima del vestido que cubría las formas turgentes de su mujer, desabrochando aquel para llegar hasta la piel, suave y sedosa, que se le ofrecía como una tentación.

Isadora comprendió lo que él necesitaba y, sin deshacer el abrazo que les unía, comenzó a despojarle de sus ropas. Luego dejó caer la cabeza sobre el brazo del sofá, por el que se desparramó su leonada cabellera, y se entregó efusiva a los transportes de la pasión con aquel hombre que, de ser un marido gris y anodino, acababa de convertirse en millonario.

La respiración de Marie Delasage era entrecortada, jadeante, fatigosa. Parecía una asmática en plena crisis. Se removió en la cama cuyo somier crujió ominosamente. Aquel ruido pareció despertarla porque se incorporó inmediatamente después.

Con gesto instintivo, Marie llevó ambas manos a las sienes, que le daban la impresión de palpar por sí solas, desacompañadamente con el corazón. Sus labios se curvaron entonces en una mueca de dolor y exhaló su suave gemido.

—Él me está llamando... Quiere que vaya... ¿Adónde he de ir?... ¿Y para qué?

Las sienes no se limitaban a palpar. Ahora le dolían de un modo atroz. En un *crescendo* incontenible.

Marie se sentó en el borde de la cama y miró en torno suyo. Los verdes ojos, que sus admiradores —y su marido el primero— decían que eran como esmeraldas, se habían tomado vacuos, miraban sin ver, inexpresivos.

Ella se levantó y fue hasta la ventana, que abrió de par en par. La luna se filtraba en la habitación espasmódicamente a través de las copas de los árboles, agitadas por el viento.

Marie no veía nada de cuanto la rodeaba, pero seguía oyendo la llamada que la incitaba a abandonar su habitación, a salir de la casa, a correr en una dirección desconocida.

La mujer obedeció y unos minutos después se encontraba en el jardín, de espaldas a su casa, plantada en la oscuridad, agitado todo su cuerpo por extraños temblores.

—*Ven... Reúnete conmigo... No te resistas...*

La llamada se hacía persistente y acuciante.

Marie movió un pie. Luego el otro. Luego se puso a caminar para echar a correr después. Los latidos de su corazón resonaban dentro del cerebro como rítmicos sonidos de un extraño tam-tam. El dolor en las sienes se agudizaba por momentos. Pero nada parecía capaz de detenerla en aquella alocada carrera.

De pronto, un rumor de olas llegó hasta los oídos de Marie.

Las manos de la mujer se crisparon, empapadas en sudor.

Sumida en un profundo y extraño letargo, la esposa del doctor Delasage anduvo unos pasos hasta situarse al borde del acantilado.

La llamada se repitió, pero ahora procedía de abajo, de aquella masa de espuma que formaban las rompientes.

Marie abrió la boca y lanzó un grito:

— ¡Ahí voy...!

Después, el grito se tornó alarido de muerte.

El cuerpo de la mujer cayó por el acantilado, rebotando en las rocas, desgarrándose con sus aristas, hasta que quedó tendido y desmadejado sobre la arena, bañado por la espuma que se producía en las rompientes.

Ella había acudido a su última cita.

La cita con la muerte.

El doctor Delasage despertó con brusquedad.

—Presiento que Marie me necesita...

Puesto en pie, el médico corrió a su dormitorio, tranquilizándose un poco al ver que la puerta estaba cerrada. Hizo girar el pomo en silencio, para no despertar a su esposa si continuaba dormida, pero apenas entró en la habitación sintió que algo semejante a un mazazo le golpeaba en la nuca.

André Delasage dejó escapar un gemido y corrió hacia la ventana, que seguía abierta de par en par. Desde allí miró a la cama, vacía y deshecha.

—Se ha ido... —musitó—. Se ha ido por la ventana... ¡Y yo abajo, tan tranquilo, y sin enterarme de nada!

Reprochándose por aquel descuido, André Delasage fue a sentarse en el borde de la cama.

Al apoyar una mano en la almohada, donde se conservaba el hueco producido por la cabeza de su mujer, notó algo extraño. Apartó la almohada rápidamente y ante sus ojos apareció lo que, teniendo el aspecto de una tosca muñeca de cera, era un símbolo de muerte.

— ¡Una *wanga*! ¡Una muñeca vudú!

El médico agarró la *wanga* y la arrojó rabioso, contra el suelo, pisoteándola después en el colmo del furor.

Pero, mientras daba rienda suelta a su cólera, él sabía ya que no podía hacer nada contra aquella magia.

Frente al vudú él era impotente.

El doctor Delasage había nacido en Haití y, al igual que muchos blancos, aunque se burlase en público de toda clase de supersticiones en general y del vudú en particular, era consciente de que en aquellos ritos y prácticas de magia negra había algo que la ciencia era incapaz de explicar.

André Delasage agachó la cabeza hasta parecer que esta descansaba sobre su pecho.

—*Has perdido a tu mujer... No la recuperarás... con vida.*

La voz, gangosa, resonaba dentro de su cerebro, como una sentencia inapelable.

El médico dejó escapar un gemido de dolor, de impotencia, de frustración. Equivalía a reconocerse vencido de antemano.

Vencido por el vudú.

André se movió despacio. Anduvo unos pasos hasta la salida en la que entró tambaleándose, vacilante. Derrotado por la fatalidad, por un destino adverso.

—No puedes hacer nada... Nada... Resígnate a lo inevitable... Lo único que te resta es olvidar... Olvidar... Busca el olvido... Es tu único camino, la única solución...

Los ojos del médico fueron a clavarse en el mueble bar cuando dejó de oír aquella voz. Avanzó para abrirlo y de su interior sacó una botella de ron.

—Aquí es donde encontraré el olvido —murmuró, destapando la botella. Y la acercó a sus labios convulsos para beber a morro.

La voz gangosa le estaba felicitando por aquella decisión y el médico empezó a sentirse mejor, más a gusto con el alcohol dentro del cuerpo, más conforme consigo mismo.

Con gesto cansino, convencido plenamente de que había perdido a Marie para siempre, el doctor continuó bebiendo hasta liquidar aquella botella.

—No te detengas, amigo... Todavía no estás en condiciones de olvidar... Sigue adelante... ¡Sigue!

Era la misma voz gangosa de antes, una voz a la que André no se sentía con fuerzas para resistir.

Arrojó al suelo la botella vacía y sacó otra del mueble bar, yendo a apoltronarse en uno de los sillones, para seguir bebiendo, tal y como le ordenaba aquella misteriosa voz que parecía haberse adueñado de su cerebro.

Y siguió trasegando el fuerte licor de caña a su estómago, hasta que los vapores del alcohol, emborrachándole, le sumergieron en una pesada inconsciencia.

La pareja descendió del taxi, que se había detenido ante la puerta del *Caribbean's Club*. Mientras Stefan abonaba al conductor el importe del trayecto, Isadora se encaminaba hacia la puerta, que mantenía abierta un apolíneo negro, vestido con un uniforme que parecía más el de un mariscal que el de un simple portero de un club nocturno que pretendía ser un local exótico.

Varios mulatos y negros, que jugaban a dados en la acera a pocos metros de allí, suspendieron la partida para contemplar admirativamente a la mujer de cabellos leonados.

Ella soportó impávida las miradas de aquellos individuos, que delataban sus deseos, y esperó a que Stefan la tomase del brazo para entrar en el Club.

—Me han dicho que aquí encontraremos algo del ambiente que hay en Haití —le dijo Stefan, conduciéndola a través del vestíbulo.

Dentro, el ruido era ensordecedor y la gran sala, de techo decorado con hojas de palma, se encontraba atestada de gente y mesas. Había un humo denso, formado por la mezcolanza de cigarrillos negros y rubios, a los que se unían los cigarros puros. En el centro había un espacio redondo, que se alzaba a un palmo del suelo, y hacía las veces de pista de baile o de escenario para las atracciones. Muy cerca, sobre un pequeño estrado, actuaba una orquestina caribeña, cuyos componentes vestían los trajes típicos, llevando en la cabeza los consabidos sombreros de paja.

La música era sensual e invitaba al baile, al abrazo, a las caricias furtivas.

—¿Te gusta el sitio? —preguntó Stefan a su acompañante.

Isadora respondió afirmativamente con un gesto de cabeza, haciendo oscilar su leonada cabellera.

—Entonces... ¿Nos quedamos? —insistió él.

—Sí, claro. Tenemos que ambientamos.

Stefan sonrió y, dirigiéndose al camarero que aguardaba sus órdenes, le indicó:

—Una mesa para dos, pero que esté cerca de la pista. No queremos perdemos ninguna de las atracciones.

El camarero sonrió mostrando una blanquísima dentadura, que

contrastaba con el negro de su piel y, mientras les conducía hacia una de las mesas, junto a la pista, dijo:

—Han llegado justo a tiempo, señores. Dentro de unos minutos actuará nuestra estrella, «La Belle Memé», que presenta un número sensacional.

—¿De veras? —inquirió Stefan sentándose al lado de Isadora.

—Usted mismo podrá juzgarlo, señor —replicó el camarero.

—¿Canta? ¿Baila?... ¿Qué hace en realidad?

—Todo lo que usted ha indicado y más.

Y, doblando el torso para acercarse más a la pareja, el camarero negro añadió:

—«La Belle Memé» presento un número sensacional, traído del propio Haiti. Según dicen, forma parte de su viejo rito...

—¿Vudú? —interrogó Isadora.

El camarero pareció mirar en torno suyo con algo de temor pero, casi al instante, respondió afirmativamente, aunque lo hiciera en un leve susurro. Luego, enderezando el cuerpo y ya en tono profesional, preguntó qué querían beber.

—A mí me gustaría champán muy frío —indicó Isadora—, pero si puede sugerirme alguna bebida más propia del Caribe, más a tono con el local...

—Eso lo dejamos en su mano.

—Gracias, señores —replicó el camarero, arbolando otra de aquellas sonrisas que parecían el anuncio de un dentífrico—. No les defraudaré. Les traeré un ponche criollo, cargadito de nuez moscada, con canela y flores de Mamey.

Mientras el negro hablaba, Isadora y Stefan intercambiaban un guiño de inteligencia. Era como si se transmitieran telepáticamente un mismo mensaje: «Esto marcha... Ya nos estamos ambientando ¡y de qué manera!»

El camarero se dio cuenta de que su proposición había sido muy bien acogida por los clientes y se retiró para regresar al poco rato con dos largos vasos, en los que brillaba a través de los cubitos de hielo el famoso ponche criollo.

Entonces calló la orquesta caribeña y las parejas que bailaban abandonaron la pista, mientras, a través de un altavoz, se anunciaba:

— ¡Atención!... ¡Les presentamos a «La Belle Memé»!

En el local se produjo un súbito silencio que duró varios segundos, después, lenta, pausadamente, se dejó oír el bronco sonido de un tam-tam y el chispeante de unos cascabeles.

La tensión de los clientes iba así creciendo por momentos hasta que se produjo un estallido, como el de una explosión. Del centro de la pista se alzó una columna de humo de varios colores y, arrojada por aquella vaharada centelleante, surgió la figura espléndida de una

hermosa negra, de cuerpo sinuoso, con curvas incitantes, y gestos que al iniciar la danza desbordaban sensualidad.

«La Belle Memé» parecía moverse a sacudidas, acompasando sus gestos al ritmo del tam-tam y de los cascabeles. Con las manos se tapaba los senos que se agitaban en espasmos de lujuria. Los focos hacían incidir sus luces de colores en el cuerpo sudoroso y brillante de la mujer, cuyas contorsiones iban tornándose vertiginosas por momentos, para tomarse después suaves y felinas u ondulantes como el reptar de una serpiente.

Un joven mulato, que no tendría aún los veinte años, saltó a la pista para ofrecer a la danzarina una estola hecha toda ella con plumas negras. «La Belle Memé» acarició la cabeza del muchacho acercándole los senos al rostro. Él los besó con fruición hasta que ella, dándole un golpe, le apartó de su lado y reanudó la danza utilizando ahora la estola de plumas para acariciarse el cuerpo.

El mulato desapareció de la pista tan silenciosamente como había llegado, dejando sola en ella a «La Belle Memé».

La sensual danzarina se paseaba la estola de plumas por las caderas y la espalda. La hacía descender por el vientre hasta las piernas, subiéndola poco a poco y balanceando su busto hacia atrás y hacia adelante. Una de sus manos se movió fulgurante para liberar completamente sus senos, que, al quedar desnudos, dejaron ver unas brillantes lentejuelas sobre los pezones.

Isadora dirigió una mirada de soslayo a Stefan, que contemplaba el espectáculo con expresión de lujurioso embeleso. Él debía tener la boca seca porque o bien se pasaba la lengua por los labios o bebía un sorbo de aquel endiablado ponche criollo.

Ella agitó la cabellera leonada y un suspiro conmovió su pecho. La actitud de Stefan era tan elocuente que no podía dudar cuál sería el final de la noche.

«Estará conmigo —pensó Isadora—, pero no dudo de que se hará la ilusión de que la posee a ella.»

Sin embargo, a pesar de todo, Isadora sonrió comprensiva.

Ella oía algunos suspiros, procedentes de los espectadores excitados por aquella visión electrizante y sensual. Luego sonaron los aplausos y «La Belle Memé» se inclinó para saludar al público que le demostraba así su entusiasmo. Después se retiró ágilmente, dejando que la orquesta caribeña volviese a tocar para aminorar la tensión.

— ¿Quieres quedarte más? —preguntó Stefan, luego de apurar su vaso de ponche, y mirándola con ojos brillantes de deseo.

Al mismo tiempo, el hombre avanzó la diestra para posarla en el brazo mórbido de Isadora, que sonrió comprendiendo cuáles eran los propósitos que animaban a su marido al hacerle aquella proposición. Todo sucedía tal y como lo había previsto hacía solo unos instantes. La

mujer conocía bien a Stefan y sabía de antemano cuáles eran sus apetitos, sus flaquezas.

Ella no dudó ni un instante.

—Prefiero volver a casa... igual que tú —musitó en voz baja.

Isadora dejó que él le acariciase el brazo, pero se puso en pie para facilitarle más las cosas.

Stefan gruñó algo ininteligible e hizo un gesto para llamar al camarero y abonar las consumiciones. Apenas si escuchó las palabras del negro, que le preguntaba si les había gustado el espectáculo. Tomó del brazo a Isadora para sacarla precipitadamente del *Caribbean's Club*.

La verdad era que Stefan ardía en deseos de estar a solas con su mujer, en la intimidad de su dormitorio. E Isadora, comprensiva al máximo, estaba dispuesta a complacer a aquel hombre, su marido, que, de la noche a la mañana, se había convertido en millonario.

Él era ahora el dueño de una valiosa plantación en el corazón de Haití. En aquella república del Caribe, que estaba considerada como el auténtico reino del vudú.

André Delasage abrió los ojos y parpadeó varias veces, molesto por la luz del sol que entraba a raudales por la ventana. Sentía las sienes como apretadas por una cuerda que se ceñía a su frente más y más. Aparte de eso, experimentaba una profunda depresión que le hacía sentirse poco menos que como un inválido.

El médico estiró el brazo derecho, maquinalmente, y agarró por el cuello una de las dos botellas de ron, la que estaba algo más que mediada, y la acercó a su boca para echar un largo trago.

Notó que una especie de fuego líquido bajaba por su garganta y se asentaba en su estómago. Tosió un poco y, tras unos breves carraspeos, se puso en pie, yendo hasta la ventana a fin de correr los estores y protegerse de aquella luz que hería sus ojos.

Solo entonces André se encontró con fuerzas para mirar en torno suyo. En el suelo, caída, había otra botella de ron, completamente vacía. Una mueca curvó los labios del médico, que murmuró:

— ¡Vaya borrachera!... ¡La he pillado más grande que un piano!

Rio entre dientes y anduvo unos pasos, bebiendo todavía otro trago de la botella que tenía en la mano.

—Debería hacer café para despertarme del todo...

Pero no lo hizo. En vez de eso dio fin al ron de la botella, arrojándola luego al suelo para ver como iba rodando a reunirse con la primera. Con paso vacilante fue hacia el mueble bar para coger otra botella, sin que tuviese oportunidad de hacerlo.

El timbre de la puerta comenzó a sonar estridente, fuerte, con machacona insistencia.

André sintió que los oídos le zumbaban y que aquel sonido le perforaba las sienes, llegándole hasta el cerebro.

El médico miró con rabia la puerta, que seguía cerrada.

Sí, era el timbre.

Quien llamaba parecía tener mucha prisa.

El doctor Delasage esbozó una mueca y rezongó:

—Como sea una urgencia y alguien necesite de mis servicios médicos... ¡pobre paciente! ¡Va arreglado!

Todavía indeciso, el doctor Delasage cruzó la sala para detenerse

ante la puerta. Entonces la abrió.

André miró sorprendido al hombre, cuya silueta se perfilaba en el umbral. El recién llegado estaba de pie, con la mano derecha apoyada todavía en el timbre, aunque había, dejado de pulsarlo. Era tan alto que parecía iba a golpearse la cabeza contra el marco de la puerta. Llevaba el cabello cortado como un cepillo, lo que hacía que su cabeza pareciese grande y cuadrada, casi teutónica. Los ojos eran pequeños, sin embargo, aunque tan agudos que parecían taladrar a las personas en quienes se fijaban, sondeando hasta el más oculto de sus pensamientos.

—*Bonjour, docteur* —saludó dando un paso hacia adelante.

—*Bonjour, commissaire*... ¿Sucedó algo?

El comisario Verquin dio otro paso hacia adelante y carraspeó.

—Verá... Sí. Ha ocurrido una desgracia.

Un súbito presentimiento asaltó al médico. Abrió la boca y las palabras salieron silbantes de su boca.

— ¿Se trata de... Marie?

El comisario Verquin asintió con un gesto. Y explicó.

—Unos pescadores la descubrieron al pie del acantilado.

— ¿Muerta?

Nueva respuesta afirmativa del comisario que, poniendo una mano en el hombro del médico, musitó:

—Lo siento. De verdad. Era una mujer muy hermosa...

Cumpliendo con su deber profesional, el comisario añadió:

— ¿Tenía motivos para... suicidarse?

André Delasage se mordió el labio inferior. Se hizo sangre. Sus ojos miraban extraviados. El policía repitió su pregunta y él, con un gesto, le invitó a seguirle.

—Venga conmigo, comisario —le dijo—. Verá cuáles eran sus motivos para quitarse la vida.

Sin decir palabra, Gilbert Verquin marchó en pos del doctor, que le condujo hasta el dormitorio. André se agachó para recoger del suelo la *wanga*, que pisoteara la noche anterior, y se la entregó al comisario.

—Anoche, Marie se fue de aquí... por la ventana. Cuando me di cuenta ya era tarde. Encontré esto debajo de la almohada y comprendí que algún *Houngan* le había hecho víctima de un maleficio.

Verquin enarcó una ceja.

— ¿Usted, un médico moderno, cree en el vudú?

André se encogió de hombros y murmuró:

—Como muchos de nosotros ni creo ni dejo de creer, pero a los hechos me remito. Hace un par de días encontré a mi mujer desmayada, caída delante de nuestra casa, presa de extraña apatía.

— ¿Y ella no le explicó...?

—Marie no podía hablar y, desde luego, no veía en mí a ninguna

persona amiga, no me reconocía como a su marido. ¡Había perdido la memoria por completo!

Como si hablara consigo mismo, el médico añadió:

—Lo que debió ocurrir aquella noche la marcó de forma indeleble y la convirtió en víctima de algún satánico *Houngan*. Tuvo que ser algo horrible, pavoroso... Y eso la sumió en un estado de postración del que solo salió anoche... para buscar la muerte arrojándose por el acantilado.

El comisario siguió a Delasage fuera de la alcoba, llevando consigo la trágica y mortal *wanga*. Una vez en la sala, a la vista de las dos botellas de ron, caídas en el suelo, Verquin preguntó:

— ¿Y no trató de seguirla?

—No... Cuando descubrí que ella se había marchado y encontré la *wanga*, comprendí que debía esperar lo peor. Vine a esta habitación y me puse a beber... ¡hasta emborracharme!

El policía dejó escapar un gruñido de desaprobación. Luego dijo:

—Ya conoce usted las formalidades, tendrá que venir para reconocerla... y si no le molesta, dado que es médico, podría ayudar al forense en el diagnóstico.

—No tengo inconveniente, aunque el diagnóstico está claro.

— ¿Cuál es, según usted?

—Depresión suicida y paranoia.

Gilbert Verquin miró con pena al hombre que tenía ante él y, con un gesto, le invitó a salir de la casa para acompañarle a la Morgue.

Era un día cálido y húmedo. Desde el amanecer no había soplado ni un hálito de brisa. El mar estaba tan quieto y llano que parecía una balsa de aceite. El sol picaba con fuerza, arrancando del agua oleadas temblorosas de calor o calentando la piel de los tripulantes y pasajeros de la motora.

Stefan hizo un gesto de malhumor al ver que su caña de pescar, situada en uno de los sujetadores de popa, arrastraba mansamente el sedal, sin que ningún pez, por pequeño que fuese, mordiera en el cebo clavado en el anzuelo.

Con su camisa de seda de colorines, despechugado, Stefan tenía ya el cogote abrasado por el sol. Cada vez que movía la cabeza el roce del cuello de la camisa le irritaba la piel.

Giró la vista para contemplar a Isadora.

La mujer, luciendo un sucinto bikini, permanecía tendida en cubierta, exponiendo su cuerpo al sol para que se tostara. Ella lo hacía a propósito, sin que pareciesen importarle las miradas que, de soslayo, le dirigían los tripulantes y el patrón de la lancha.

«Es más coqueta que las clásicas gallinas —pensó Stefan. Pero, en el fondo se sintió halagado de que los demás le envidiasen ser el dueño de una mujer tan estupenda y llamativa como ella—. Tendré que llamarle la atención para que no provoque problemas. A los negros les encantan las mujeres blancas y con estos haitianos nunca se sabe hasta dónde pueden llegar.»

Él levantó la voz.

—*Chérie...* ¿Por qué no preparas unos *jaibols*?

Isadora bostezó y estiró sus torneados brazos desperezándose.

—No tengo ganas de moverme. Pídele a Sam que lo haga... y que me traiga aquí el mío.

Stefan refunfuñó, pero hizo lo que ella le pedía.

Unos instantes después, el patrón de la lancha anunciaba:

—Apuren las bebidas, míster Corker. Nos estamos acercando al canal de la Gonave.

Stefan se volvió hacia él.

— ¿Cuánto tardaremos en llegar a Puerto Príncipe?

—Una hora, poco más o menos.

—Entonces hay tiempo de sobra para beber y vestarnos —terció Isadora aplicando sus labios al vaso que contenía su *jaibol*.

Su marido mostró también su conformidad, entreteniéndose además en girar el carrete de su caña de pescar para recoger el sedal.

Media hora más tarde, la pareja se encontraba en la proa de la motora —comprada por Stefan en Miami— contemplando con curiosidad la panorámica que les ofrecía la amplia bahía de Puerto Príncipe.

—El lugar me parece divino —musitó Isadora con fervor.

—Sí, no está nada mal.

Ella le miró sarcástica. Ahora, Stefan se las daba de *play-boy* cuando hasta la muerte de su tío Ange no había viajado más que hasta las cataratas del Niágara, y eso en viaje de novios. Y solo por una semana, puesto que su dinero no daba para más.

Sin embargo, Isadora no hizo ningún comentario. En vez de eso miró hacia las cercanas playas, para añadir entusiasmada:

—Fíjate. Los cocoteros llegan hasta la misma orilla del mar.

Él asintió con un gruñido, igual que el propietario de un vasto territorio al que un invitado halaga con sus exclamaciones de admiración. Parecía como si Stefan fuese no el dueño de una simple plantación sino de toda la isla, que fuera bautizada con el nombre de Hispaniola al ser descubierta, y en la que se hallaban enclavadas las Repúblicas de Haití y Dominicana.

Stefan pasó un brazo por los hombros desnudos y ya morenos de su esposa. El gesto tenía mucho de protector. Y ella, alzando la cara para mirarle, musitó:

—Ojalá haya alguna playa cerca de la plantación. ¡Qué gusto bañarse en unas aguas así, tan claras y limpias!

Él rio burlón.

—Te olvidas de los tiburones.

— ¿Los hay en esta zona?

—Dicen que los mares del Caribe están infestados...

—Pero no se acercarán demasiado a las playas —objetó Isadora.

—Yo, por si acaso, no me confiaría demasiado.

—Bueno, tomaré precauciones —dijo ella un tanto enfurruñada—, pero te aseguro que me bañaré tantas veces como pueda... y en la playa, con tiburones o sin ellos.

Stefan presionó con su mano en el hombro de su mujer, pero ya no le contestó, atento a la maniobra de atraque, que estaba realizando Sam Holden, el patrón de la lancha, situándola en uno de los varaderos del Club Náutico.

Después de ser colocada la pasarela y cuando la pareja se dirigía a esta, para bajar a tierra, Sam Holden se les acercó y preguntó a su jefe:

— ¿Cuáles son sus órdenes, míster Corker?

—Quiero que tengas el «Iguana» siempre a punto para hacerse a la mar. Que un hombre esté de vigilancia en todo momento, no solo para que no nos roben, sino para que sepa dónde encontrarte en caso de necesidad. ¿Entendido, Sam?

—Sí, míster Corker. Así se hará.

El veterano patrón saludó llevando dos dedos a la visera de su gorra y la pareja cruzó la pasarela para encaminarse después al Club Náutico de Puerto Príncipe.

Isadora y Stefan pisaban al fin tierra de Haití.

El cielo se había ido oscureciendo hasta tornarse de una negrura hostil, ominosa. De cuando en cuando se oía el granizado de un cuervo y un rápido aleteo. Por lo demás todo estaba en silencio.

Era el silencio propio de los cementerios.

Ni siquiera los movimientos de los tres hombres que caminaban a través de las tumbas rompían aquel silencio. Su avance era furtivo, igual al de unos depredadores nocturnos al acecho de una presa.

El más joven de los tres se detuvo ante una tumba, que parecía muy reciente.

—Aquí es donde han enterrado a Happe.

El *Houngan* se adelantó para mirar la tosca cruz clavada en la tierra. Gruñó algo y, con voz pastosa, agradeció al *Hounci* el haberle llevado hasta allí.

—Te has portado bien, Mouton. Serás recompensado.

El joven inclinó la cabeza en señal de asentimiento, pero no dijo ni una palabra. Laplace se apresuró a preguntar a su jefe:

—¿Lo desenterramos, *Houngan*?

—Sí. Y daos prisa. Hay que llevarlo cuanto antes a nuestro *Caille*⁽³⁾ para celebrar el rito y convertirlo en un muerto-vivo.

No fue necesario que Surande repitiese la orden. Tanto su ayudante como el joven *Hounci* se apresuraron a usar la pala y el pico que llevaban consigo.

En menos de veinte minutos el cadáver de un corpulento negro era sacado de su tumba.

Para Happe no habría descanso eterno.

El *Houngan*, que erguía su siniestra figura ante su cuerpo sin vida, había decidido convertirlo en un zombi.

Mientras vivió, Happe había trabajado en la plantación «La Belle Mûre», propiedad de los esposos Trouilly. Y ahora, después de muerto, seguiría trabajando como esclavo de Surande.

El muerto iba a ser un zombi más.

A pesar de sus años de experiencia como médico, André sintió retortijones en el estómago después de proceder a la identificación de su mujer. Él lo atribuyó al ron trasegado durante la noche anterior y aquella misma mañana, pero la verdad era otra: La vista del destrozado cadáver de Marie le revolvió las tripas.

El comisario se dio cuenta de que estaba pálido como un muerto.

— ¿Quiere que uno de mis hombres le acompañe y lleve hasta su casa, doctor?

André movió la cabeza, negativamente.

—Gracias, comisario, pero no hace falta que se moleste.

—No es molestia. Aquí apenas hay trabajo. Puedo hacer que le lleven en el jeep.

—Prefiero ir a pie, dando un paseo. Necesito respirar un poco de aire puro.

—Como usted quiera, doctor.

El comisario no insistió más.

André Delasage se despidió de él y salió a la calle, respirando a pleno pulmón. Anduvo unos pasos hasta doblar la esquina y entrar en el primer bar que encontró abierto. El camarero se acercó para preguntarle qué deseaba beber y el médico, acodado en el mostrador, pidió:

—Ponme una copa de Taffa⁽⁴⁾.

En cuanto le fue servida, vació la copa de un trago, y pidió una segunda a continuación. También la vació de un trago. Abonó entonces las consumiciones y salió a la calle con actitud más decidida. Enderezó el rumbo hacia su casa, marchando con pasos largos, sin mirar a derecha ni izquierda.

Por eso no vio a un joven negro que le estaba observando.

Además, aunque el doctor Delasage hubiese visto a Bumbi, no habría sabido que se trataba de uno de los *Houncis* que servían a Pierre Surande.

El médico tardó muy poco en llegar a su casa. Entró en ella y, como si tuviera decidido de antemano lo que tenía que hacer, sacó una botella de ron del mueble bar, derrumbándose luego en uno de los sillones de la sala y comenzando a beber con frenética ansiedad.

Los vapores del alcohol enturbiaban la mente de Delasage, pero eso, en aquellas circunstancias, le resultaba un alivio: embotaba su cerebro y le impedía pensar. Además, a fin de cuentas, estaba haciendo lo que le aconsejara aquella gangosa y misteriosa voz.

De todos modos, a pesar del ron, André no conseguía librarse de que le dominara una sensación de miedo abyecto, de pánico a lo desconocido.

Apuró la botella y, luego de arrojarla al suelo, dejó escapar un gemido trémulo.

—Marie... ¿Qué hiciste para que te convirtieses en víctima del vudú?... ¿Por qué ha tenido que pasarnos esto?... ¿Por qué?

Las suyas eran preguntas a las que no podía dar respuesta. Y la voz permanecía callada. Sin aclararle nada.

Repitió aquellas interpelaciones una y otra vez con idéntico resultado negativo. Y aunque las palabras que salían de su boca eran un simple murmullo, André sintió que tenía los labios resecos, como agrietados, y también tenía seco el paladar.

— ¡Qué sed tan espantosa!... ¡Necesito beber más!

Desde el sillón miró al mueble bar. Parecía estar calculando el esfuerzo que tendría que realizar para llegar hasta él.

—De todos modos, he de intentarlo...

Se levantó trabajosamente y anduvo hacia lo que era su objetivo. Tenía los ojos clavados en el mueble. Eso impidió que se fijara en la mesita de centro que había en el camino. La pierna izquierda tropezó con una de las esquinas de la mesa y el dolor, súbito, se asentó en la espinilla para subirle luego hasta el cerebro.

— ¡Maldita sea!... Marie dejaba siempre las cosas por medio.

Contorneó la mesita y, arrastrando los pies, cojeando ligeramente llegó hasta el mueble bar. Alargó la mano precipitadamente y sus dedos estirados chocaron contra la madera para doblarse luego hacia atrás.

— ¡Merde!... ¡No acierto ni una!

Esta vez no podía echarle la culpa a su mujer. Era él quien no controlaba debidamente sus movimientos. Se quedó quieto, masajeando sus dedos doloridos, jadeando con fuerza y fijos los ojos en el mueble bar, que parecía atraerle como un imán.

—Contrólate, André —murmuró—. Contrólate...

Por un instante, el doctor Delasage tuvo la impresión de no estar solo en aquella habitación.

Había alguien más en la salita.

Miró en torno suyo y se fijó en la distribución de los muebles. Todo estaba en orden... ¿Todo?

La puerta estaba entornada y fue hacia ella para asegurarse de que no había nadie escondido en el pasillo.

—Nadie... No hay nadie más que yo en la casa... ¡Son aprensiones mías! ¡Estoy viendo visiones!

André se pasó la mano por la frente. Estaba sudando a mares. Y mientras regresaba junto al mueble bar, no dejó por ello de atisbar buscando aquella presencia extraña que presentía cerca de él.

«¿Qué me está pasando? —pensó—. Si continúo así acabaré por mirar debajo de la cama.»

André soltó un taco tratando de reaccionar así del miedo a lo desconocido, que había vuelto a apoderarse de él. Hizo un esfuerzo sobre sí mismo y alargó otra vez la mano, abriendo el mueble bar y apoderándose de dos botellas de ron. Destapó una de ellas y la llevó a su boca para beber un largo trago.

El médico chascó la lengua, sintiéndose mejor, y murmuró:

—Esto reanima a cualquiera.

Bebió un segundo trago, más largo aún que el anterior.

—...Sí, reanima a cualquiera —continuó farfullando—: Incluso a un viudo tan reciente como yo.

Con las dos botellas en la mano, tambaleándose, André Delasage regresó al sillón, y sin soltarlas se dejó caer, derrumbándose como si se le hubieran agotado las fuerzas y no pudiera continuar manteniéndose en pie.

Mientras bebía con avidez el ardiente licor de caña, André no dejaba de pensar en su mujer, en que la había perdido para siempre, tal y como pronosticara —¿o fue una sentencia?— aquella maldita voz gangosa que se hacía oír dentro de su cerebro.

Sí, él había perdido a la encantadora Marie, aquella mujer tremendamente sensual, aquella hembra deliciosa que había llenado de placer sus noches, ardiente y temperamental como ninguna.

Pero ahora Marie ya no estaba en su casa, ni la encontraría tampoco aguardándole en la alcoba.

Ella estaba yerta y fría sobre la mesa de mármol en donde el forense le haría la autopsia prescrita por la ley.

El cuerpo escultural y mórbido de Marie sería abierto... estudiado como si se tratara de un simple objeto y no de un ser humano.

Marie no volvería a darle su calor... sus caricias... su amor...

Estaba muerta.

Y a él, a André Delasage, no le quedaban de ella más que unos recuerdos que pretendía olvidar... y las botellas de ron. Había enviudado de la mujer, pero él había vuelto a casarse... con el licor de caña, con aquel maldito ron que le embotaba el cerebro y los sentidos, pero que, al mismo tiempo, le impedía pensar, recordar...

Por eso se emborrachaba, porque bebiendo dejaba de sufrir.

Isadora abrió los ojos al despertar y, casi inmediatamente, frunció el entrecejo. Ella era una de esas mujeres a las que molesta verse obligada a iniciar el día. Tal vez porque tras el despertar seguía la preparación del desayuno y luego el trabajo.

Parpadeó al comprender que las cosas habían cambiado mucho. Ya no tenía que preparar el desayuno y tampoco la esperaba ningún trabajo. Estaban en el mejor hotel de Puerto Príncipe y lo único que debía hacer era acompañar a Stefan para que este se hiciera cargo de su nueva propiedad: la plantación llamada *L'Esplendeur*.

Se incorporó perezosamente en la cama y estiró el brazo para coger su bolso y sacar de este la pitillera. Encendió un cigarrillo y aspiró con voluptuosidad el humo.

Mientras se sentaba en el borde de la cama escuchó el ruido que hacía Stefan en el cuarto de baño, al afeitarse con la máquina eléctrica. Hizo un mohín y se levantó.

Sin molestarse en cubrirse con una bata, Isadora fue hasta el balcón, que daba al exterior.

La luz del día hirió profundamente sus ojos. Necesitó parpadear varias veces para acostumbrarse a aquella fuerte luminosidad. Entonces miró a la plaza a la que hacía frente la fachada del hotel. Un grupo de negritos barrigones correteaba persiguiendo a un chucho escuálido con la pretensión de atar una cacerola vieja a su cola. El animal consiguió burlar a los pequeños metiéndose entre los puestos de los vendedores ambulantes, estacionados en la plaza.

Isadora observó a los hombres y mujeres que voceaban su mercancía o a quienes la examinaban antes de decidirse a regatear y a comprar. Y entonces, mientras paseaba su mirada distraída por aquella gente, se fijó en un individuo de aspecto estrafalario.

Vio a Pierre Surande, el *Houngan*.

El sombrero de palma proyectaba la sombra de sus alas sobre la cara de Surande, impidiendo que Isadora distinguiese sus facciones. Podía darse cuenta de que se trataba de un negro con bastantes años a cuestas. Desde el balcón podía apreciar lo sarmentoso de sus brazos negros que colgaban a lo largo del cuerpo.

El *Houngan* echó la cabeza hacia atrás, para ver mejor a la mujer que estaba en el balcón. Isadora le vio entonces las facciones y se estremeció al captar en los ojos del hombre una mirada de intenso deseo, de codicia...

Las miradas de ambos se cruzaron durante un instante.

Isadora sintió en su carne el peso de aquellos ojos escrutadores y libidinosos. Y se estremeció de repulsión. Solo entonces se dio cuenta de que estaba prácticamente desnuda. Curvó sus jugosos y sensuales labios en una mueca despectiva. Agitó su leonada cabellera como si tratara de alejar de su mente la imagen del huesudo negro que la estaba contemplando, detallándola, y dio media vuelta para entrar de nuevo en su habitación.

Stefan había terminado de afeitarse y, al verla, preguntó:

— ¿Quieres que nos suban el desayuno o prefieres que bajemos al comedor?

Ella estaba terriblemente excitada, como si sintiera aún a flor de piel la mirada acariciante y concupiscente del negro. Forzó una sonrisa al responder:

—Pide que nos lo suban a la habitación... ¿No te parece demasiado pronto para irnos?

Stefan captó lo que se encerraba en aquella pregunta, que tenía toda la apariencia de una proposición y, posando sus manos en los hombros de Isadora, murmuró:

— ¿Desayunamos antes... o después?

Ella le miró a los ojos, entreabrió los labios, como ofreciéndolos a sus caricias y susurró:

—Después...

Stefan no se hizo de rogar.

Las manos del hombre se movieron acariciantes por el cuerpo de su mujer, despojándola de su exiguo y transparente salto de cama. Los dedos presionaron acuciantes en la carne mórbida que había quedado al descubierto. Ella le echó los brazos al cuello para besarle apasionadamente y atraerle sobre sí para dejarse caer de espaldas en la cama.

—Pareces fuego, Isadora...

Las palabras del hombre encendieron aún más los ardores de Isadora que se entregó desenfundada a los transportes de la pasión.

Sin embargo, mientras Stefan entraba en su cuerpo y la poseía, Isadora no veía su cara junto a la de ella. No eran los ojos azules de su marido los que veía clavados en su rostro.

Isadora creía ver ante ella las facciones huesudas y sarmentosas del negro entrevisto en la plaza, y eran sus ojos, los del *Houngan*, los que sentía clavados en su carne. Al igual que, al alcanzar el éxtasis del deseo, al sobrevenirle el orgasmo, ella sintió que era aquel negro

desconocido quien la poseía.

Unos instantes después, cuando la calma volvió a los sentidos de la pareja, Stefan se puso en pie y, mientras procedía a vestirse, comentó complacido:

—Ha sido sensacional... Como nunca... ¡Qué temperamento tienes, *chérie*!

Isadora se mordió el labio inferior para no gritarle la verdad. No quiso herirle confesándole que en los momentos álgidos no creía estar con él sino con un negro, al que apenas si había entrevisto hacía unos instantes, pero que, como por arte de magia, le había suplantado a él en la mente, haciéndola gozar al darse, no a Stefan sino al desconocido *Houngan*.

Pierre Surande entró en el vestíbulo del hotel y avanzó hasta el mostrador, tras el cual se hallaba el recepcionista. Este, un mulato de casi veinticinco años, se apresuró a hablarle deferente:

— ¿Desea algo?

— Sí, Michou. Necesito que me des unos informes.

Los ojos aguileños del *Houngan* permanecían clavados, hipnóticos, en los de aquel a quien consideraba uno más entre sus muchos servidores y adeptos.

— Han llegado dos blancos, un hombre y una mujer.

— Sí... Son matrimonio.

— ¿Cómo se llaman?

— Isadora y Stefan Corker.

— ¿A qué vienen?

— Él ha heredado la plantación del viejo Duplasier.

— ¿*L'Esplendeur* es suyo?

— Así es.

El *Houngan* se acarició pensativo el mentón. Luego, como quien dice algo carente de importancia, ordenó:

— Tienes que conseguirme algunas cosas que pertenezcan a esa pareja. Tanto al hombre como a la mujer. Ya sabes lo que me conviene. Cosas que pertenezcan a su cuerpo...: uñas, cabellos, o que hayan estado en contacto con su carne.

— Sí, Pierre. Lo conseguiré.

— En cuanto lo tengas házmelo llegar a la *Caille*. Y procura que sea cuanto antes.

— Trataré de que sea hoy mismo.

— Buen chico, Michou. Así me gusta.

El recepcionista se esponjó de satisfacción al oír aquellas palabras. Le halagó la sonrisa amistosa que le dirigió el *Houngan* y le reiteró a este que no le fallaría.

Con una mueca sarcástica en la boca, contraídos los labios en algo vagamente parecido a una sonrisa, Pierre Surande abandonó el hotel y ganó la soleada plaza.

Los vendedores ambulantes seguían voceando sus mercancías o

regateando con los presuntos clientes. Algunas mujeres charlaban en corro sin prisa para volver a sus casas y preparar la comida.

Para Pierre Surande aquel era un espectáculo habitual.

El *Houngan* atravesó la plaza hasta situarse en frente del hotel. Sus ojos se clavaron de nuevo en el balcón donde poco antes viera a Isadora. Le molestó la ausencia de esta y se pasó la lengua por sus labios. Y murmuró para sí:

—Es una mujer muy hermosa... Más que la del médico... ¡Y tendrá que ser mía también!

Su decisión ya estaba tomada. Recurriría a todas sus malas artes para conseguir su propósito. El vudú le serviría como anillo al dedo. No en vano era un *Houngan* poderoso. Y el primer paso ya estaba dado. Aquel Michou le serviría para proporcionarle cuanto necesitaba a fin de hacer que sus conjuros resultasen efectivos.

Sí, Pierre Surande lo había decidido: Isadora sería para él, aunque para ello tuviese que eliminar a Stefan del mundo de los vivos.

El Pontiac avanzaba por la polvorienta carretera a más de noventa kilómetros por hora. Stefan lo manejaba como si fuera un juguete sin hacer caso de las advertencias de su mujer, que le aconsejaba fuera más prudente.

Al llegar a una bifurcación, Stefan giró a la derecha, por un camino de tierra, tal como le indicara el albacea testamentario del viejo Ange Duplasier.

—Ya estamos llegando a la plantación —indicó a Isadora.

— ¡Menos mal!

Stefan hizo caso omiso de la exclamación y siguió adelante hasta encontrar un buzón rojo, pintado con rayas azules, con el nombre de *L'Esplendeur* estampado en un lado.

El Pontiac continuó por el camino de tierra hasta detenerse ante una casona de piedra blanca, de tres pisos, con las ventanas y la puerta pintadas de azul. También el porche y la veranda, de madera, estaban pintados del mismo color.

A Isadora le pareció una casa maravillosa: el hogar propio de una pareja de millonarios.

Había un enorme cobertizo adosado a la parte trasera del edificio. Junto a él estaban las cuadras. Y más allá, orientado hacia el oeste, se había alzado un invernadero.

Al oír el ruido del motor, un hombre salió presuroso del cobertizo seguido de varios negros. Aquel era de mediana estatura, achaparrado y musculoso, con cara de pocos amigos. No era negro ni mulato, pero su cuerpo, y sobre todo la cara, estaban tan tostados por el sol que parecía un mestizo.

El hombre adivinó quiénes eran los recién llegados y se acercó a ellos, quitándose al mismo tiempo el sombrero de palma.

— ¿Los señores Corker? —preguntó.

—Sí —dijo Stefan apeándose del Pontiac—. ¿Es usted el capataz?

—Sí, señor. Soy Roger Cordelier, al servicio de los señores para lo que gusten mandar.

Stefan apuntó con el dedo a los negros que se habían quedado rezagados, detrás del capataz.

— ¿Forman parte del servicio de la casa? —preguntó.

— ¡Oh, no señor Corker!

El capataz se apresuró a informar a su nuevo patrón.

—Ellos trabajan en la plantación y han venido en busca de algunos aperos. El servicio les aguarda en el interior. Síganme, por favor.

Cordelier se adelantó a sus patronos para entrar en la casa.

Tal y como había anunciado el capataz, tres personas aguardaban en el amplio hall. Cordelier los fue presentando uno a uno.

—Este es Laurent, el mayordomo —dijo apuntando a un negro que se mantenía erguido como un palo—. Esta es Colette, la doncella de la señora —indicó señalando a una preciosa mulata, que se apresuró a sonreír a su nueva ama—. Y finalmente esta es Sidonie, la cocinera —añadió refiriéndose a una mujerona negra, de carnes abundantes pero recias.

Los tres aludidos se apresuraron a hacer lo que podía considerarse como una reverencia, o como un saludo de bienvenida.

Stefan tomó la palabra para dirigirse al servicio.

—Celebro conocerles y espero que nos llevaremos bien. No soy demasiado exigente pero quiero ser obedecido puntualmente siempre.

Antes de que él pudiese añadir algo más, Isadora se encaró con la joven que había de servirle de doncella.

—Ve a prepararme un baño. He tragado demasiado polvo durante el camino y necesito refrescarme.

La muchacha sonrió de oreja a oreja y corrió a obedecer la orden de su nueva ama, subiendo precipitadamente la escalera que conducía al piso superior.

Isadora se volvió hacia su marido.

—Imagino que tendrás mucho de qué hablar con Cordelier. Os dejaré solos.

—Pero... Yo quisiera que estuvieses delante...

—No digas tonterías, querido. De números no entiendo nada, y menos aún del trabajo en una plantación. Eso es cosa de hombres. Y como supongo que necesitaréis bastante tiempo, lo mejor será que Cordelier se quede a cenar con nosotros.

Muy en su papel de ama de casa, Isadora se volvió hacia Sidonie.

—Disponga un cubierto más en la mesa. Seremos tres para cenar.

—Sí, ama. Lo que usted mande.

Después de eso, Isadora no se demoró más en la planta baja y subió al primer piso para darse el apetecido baño, que ya le tenía preparado la eficiente Colette.

Dos velones negros iluminaban lúgubrementemente la que ya, de por sí, era una fúnebre estancia. Entre ambos, alineadas, se veían dos muñecas de cera todavía sin endurecer, lo que demostraba que habían sido amasadas hacía poco para darles aquella forma. Delante de estas, formando pequeños montones, se veían varios objetos extraños: una corbata, mechones de cabello, una cinta para el pelo, recortes de uñas, una camiseta hecha trizas...

Pierre Surande sonreía con satisfacción mientras iba separando aquellos objetos, los femeninos de los masculinos. Luego, cuando hubo terminado con su clasificación, procedió a coger una de las muñecas de cera, en cuya blanda masa introdujo un trozo de la corbata, luego la cubrió con jirones de la camiseta y puso en la cabeza de esta un par de mechones del cabello de Stefan Corker.

A continuación repitió el mismo proceso con la otra muñeca.

—Ya te tengo en mi poder —murmuró, pensando en Stefan—. No podrás escapar de mí.

Convencido de que su propósito estaba próximo a lograrse, el *Houngan* recogió cuidadosamente cuanto pertenecía a la mujer y lo guardó en una bolsa de cuero, que cerró y ocultó cuidadosamente.

—Después —dijo pensando en Isadora—, me ocuparé de ti. Pero lo primero es eliminar al estorbo que representa tu marido.

Pierre Surande volvió a instalarse ante la mesa para contemplar con aire satisfecho las dos muñecas de cera. Su ceño se había fruncido y los ojos le brillaban con luz homicida.

El *Houngan* alzó entonces la voz.

— ¡Laplace! ¡Ven aquí!

Su ayudante se presentó a los pocos segundos, como si hubiera estado al otro lado de la puerta esperando ser llamado.

— ¿Qué ordenas, *Houngan*?

—Necesito que alguien lleve esta *manga* —y cogió una de las figuras de cera—. Tiene que dejarla en la habitación del dueño de la plantación *L'Esplendeur*.

— ¿Envío a un no-muerto?

—Sí.

—Entonces mandaré a Happe...

— ¡No! ¡A ese no! —atajó rápido Surande.

— ¿Por qué? Es el recién llegado. Nadie sabe que está aquí. Si fuese descubierto no le asociarían con nosotros.

—No me vale... todavía. Y menos para un trabajo así. ¿No está aquí Toklas? También es un zombi.

—Sí, claro. ¿Y dónde quieres que ponga la *wanga*? —inquirió el ayudante cogiendo la muñeca de cera.

—Lo mejor sería colocarla en la cabecera de la cama, pero si es debajo de la almohada se corre el riesgo de que un sirviente la descubra antes de tiempo.

— ¿Y debajo del colchón?

—No estaría tan cerca, pero sí... puede servir.

Mientras daba su aprobación, el *Houngan* pensaba que aquello le exigiría una mayor concentración mental para que la *wanga* resultase efectiva y surtiese el efecto deseado.

Laplace inclinó la cabeza ante su amo y, girando sobre sus talones, abandonó la lúgubre estancia para ir en busca del zombi que había sido elegido para llevar a cabo aquella misión.

Minutos más tarde, un negro fornido, vestido tan solo con unos pantalones de dril, marchaba con paso de autómatas, enfilada su cara hacia adelante. Tenía crispados los rasgos de su cara y los ojos vacuos. Parecía que miraba a un horizonte lejano, aunque, en realidad, él no veía nada.

Miraba sin ver.

Era un zombi.

Un no-muerto que debía dejar una *wanga* en la habitación de Stefan Corker, quien, sin saberlo, se había concitado el odio del *Houngan*.

—Te agradezco que hayas venido a visitarme, Isadora. ¡No puedes imaginarte lo aburrida que es la vida de una mujer en una plantación!... ¡A veces resulta exasperante!

—Pues yo, la verdad, encuentro delicioso todo esto.

—Claro, eso lo dices porque aún no llevas mucho tiempo aquí —aseguró Madeleine Trouilly—, pero cuando hayas pasado un par de años en el agujero, ¡cambiarás de opinión!

Isadora dirigió la mirada en torno suyo.

—Vuestra plantación me parece aún mejor que la nuestra.

—Sí, «La Belle Mûre» no está mal. Lo malo es que yo estoy madurando con ella... y lo peor es que seguirá existiendo cuando yo haya dejado de madurar, de existir.

—Pareces muy pesimista.

—Tengo buenas razones para ello.

Madeleine Trouilly se puso en pie e hizo un gesto amplio con los brazos como si pretendiese abarcar al panorama.

—La única vecina con quien puedo charlar eres tú, y eso desde hace muy poco.

Una expresión de extrañeza se pintó en el rostro de Isadora.

— ¿Quieres decir que no hay otra plantación cerca de las nuestras? ¡No es posible!

Madeleine curvó sus labios con una mueca y miró a su alrededor de un modo que parecía indicar miedo. Luego, bajando la voz, casi en un susurro, explicó:

—Hay otra plantación, sí, pero hazte cuenta de que no existe.

— ¿Por qué?

—Porque es la de Pierre Surande, un *Houngan*.

Isadora puso cara de extrañeza.

—No te comprendo. ¿Quién es Surande? ¿Y qué significa eso de que es un *Houngan*?

— ¡Calla! —exclamó Madeleine atemorizada—. No lo nombres en voz alta. Podría oírnos, y entonces...

—Pero si estamos solas.

—Solo en apariencia. Un *Houngan* tiene poderes maléficos y puede ver y oír a distancia.

Isadora hizo un gesto de impaciencia.

—Antes te pregunté qué era un *Houngan* y aún no me has contestado. ¿Es quizá una especie de brujo?

Luego de volver a mirar en torno suyo, para cerciorarse de que no había ningún sirviente cerca, Madeleine replicó:

—Puedes darle ese nombre si te acomoda y, en parte, no estás desencaminada, porque un *Houngan* es un sacerdote vudú que, además de dirigir los ritos de sus adeptos, tiene poderes extraordinarios que usa como mejor le conviene. Lo mismo para ayudar a su gente que para hacer daño a quienes considera sus enemigos.

— ¡Bah! Supersticiones...

Madeleine miró con fijeza a su interlocutora y murmuró:

—Llámalas así si quieres, pero aquí se cree en el vudú y el *Houngan* es quien fabrica los sortilegios y hechizos, el que hace las *wangas*, esas malditas muñecas que pueden llevar la muerte, la desesperación, la enfermedad o la locura a quien él haya elegido como víctima. Y eso sin que nada ni nadie lo pueda evitar.

Una carcajada de Isadora cortó la explicación, pero la dueña de «La Belle Mûre» añadió:

—No te rías, porque a eso que acabo de decirte hay que añadir un poder más, el más terrible que cabe imaginar.

— ¿De veras? —rio Isadora—. ¿Y cuál es ese poder?

—El de convertir a los muertos en zombis.

Isadora iba a soltar otra vez el trapo de la risa, pero se contuvo ante la expresión reconcentrada de su nueva amiga, la cual, no sin antes echar otra de aquellas miradas recelosas en torno suyo, musitó:

—Y la gente asegura que en «La Caille», la plantación de ese maldito Surande, a quien Dios confunda, trabajan zombis, a los que él ha sacado de la tumba para convertirlos en sus esclavos.

Madeleine hizo una pausa, sin que ahora la interrumpiese Isadora, que la miraba con ojos abiertos por el espanto.

—Por eso te dije que te olvidaras de la existencia de esa condenada plantación. Para una mujer blanca no es el lugar más a propósito. Y es más, se murmura que la mujer de Delasage, el médico, ya sabes, tuvo algo que ver con ese Surande.

— ¿Una mujer blanca con un negro?

— ¡Oh! Aquí eso no es muy frecuente pero se dan algunos casos. Y por lo visto a Marie le atraían los misterios del vudú.

— ¿La conocías?

—Naturalmente. Y te aseguro que era encantadora, pero tuvo una muerte trágica.

A continuación, Madeleine Trouilly explicó a su visitante cuanto sabía y los rumores que corrían acerca de la muerte de la mujer del médico, incluido aquello de que este había encontrado una *wanga* bajo

la almohada, en la cama de su difunta mujer.

Isadora la escuchó con la máxima atención. Ya no intentó burlarse de la credulidad de la otra. Las palabras de Madeleine la habían impresionado más de lo que ella hubiese querido admitir. Es más, incluso tuvo la extraña sensación de que una fuerza invisible la estaba circundando, aunque sin atreverse a dar señales de presencia.

Todavía.

La conversación entre ambas mujeres fue decayendo y, al cabo de un rato, ni una ni otra supieron de qué hablar ni qué decir.

Algo sinuoso parecía haberse infiltrado entre ellas cortándoles los deseos de hablar.

Isadora se puso en pie y su nueva amiga la imitó, exhalando casi un suspiro de satisfacción al escuchar sus palabras de despedida, aunque, eso sí, quedaron de acuerdo en reunirse otra tarde para tomar el té juntas.

Instantes después, Isadora volvía a montar en un caballo y emprendía el regreso a *L'Esplendeur*, murmurando entre dientes algo ininteligible contra la credulidad de las gentes.

Sin embargo, mientras galopaba hacia su plantación, Isadora no podía apartar de su mente cuanto le había contado Madeleine respecto a la difunda Marie. Eso hizo que alzase ligeramente la voz para decirse a sí misma:

—Nunca pondré los pies en «La Caille»... ¡Nunca!

Pero, sin saber por qué, al nombrar aquella plantación, un rostro le vino a la memoria: el de aquel negro que, en la plaza de delante del hotel, la estuvo contemplando cuando ella salió en salto de cama transparente al balcón de su habitación.

Y un estremecimiento, de repulsión, recorrió todo su cuerpo.

Las sombras de la noche protegían el avance de Toldas hacia el edificio principal de *L'Esplendeur*. El zombi se deslizó furtivamente por detrás de las cabañas destinadas al alojamiento de los obreros de la plantación y, sin aminorar la marcha, llegó ante la vieja casona de tres pisos, en la que se veían algunas luces encendidas.

Toklas apretó contra su pecho la *wanga* de que era portador y alzó la cabeza, orientando su cara, como guiado por el instinto, hacia la ventana de una de las habitaciones del segundo piso que estaba completamente a oscuras.

Los ojos sin vida del no-muerto se clavaron en lo que era su objetivo y, sin perder un segundo, comenzó a escalar la pared hasta ganar la ventana, que empujó hacia el interior.

Toklas entró en la habitación.

Era el dormitorio de Stefan Corker.

Los pies descalzos del zombi no produjeron el menor rumor mientras se acercaba a la cama.

El mismo impulso que le había llevado hasta allí obligó al zombi a levantar el colchón y colocar la *wanga* entre este y el somier. Después, con tanto cuidado como si fuese un criado acostumbrado a tales menesteres, Toklas alisó las ropas de la cama para que no se advirtiera a simple vista que aquello había sido tocado por manos extrañas.

A continuación, con el mismo sigilo con que había entrado, el no-muerto ganó la ventana para descolgarse hasta el suelo.

No habían hecho sus pies descalzos más que apoyarse en tierra cuando un grito estridente rompió el silencio de la noche.

— ¡Un ladrón!... ¡Stefan, ven!

Como si aquellos gritos no le hiciesen la menor mella, como si él no fuera su causante, Toldas echó a andar hacia los alojamientos de los obreros.

Alarmado, Stefan salió al porche empuñando una pistola.

— ¡Eh, tú! ¡Detente! —gritó levantando el arma.

El zombi continuó marchando a largas zancadas, sin hacer caso de unas voces que no estaba en condiciones de oír.

Stefan lo vio todo rojo y apretó el gatillo.

Una vez. Dos...

El no-muerto se tambaleó acusando el impacto de las balas en su corpachón, pero no por eso aminoró la marcha.

Varios de los obreros se asomaron y, al ver lo que sucedía, prorrumpieron en gritos de espanto.

— ¡Un zombi!

— ¡La maldición del *Houngan* ha caído sobre esta casa!

— ¡Es un muerto viviente!

Luego, como si no quisieran saber ni tener que ver con nada de todo aquello, los negros se encerraron en sus alojamientos.

Stefan les había oído asombrado. Volvió a disparar y nuevamente el zombi acusó los impactos de los proyectiles, pero ya estaba cerca de los límites del jardín y en pocos minutos ganó el bosque cercano, desapareciendo a continuación de la vista de Stefan y su mujer.

—No lo entiendo —murmuró el hombre. Y miró con redoblado estupor su pistola, de la que faltaban cinco balas.

Pálida como una muerta, Isadora musitó:

—Los nativos dijeron que era un zombi...

— ¡Paparruchas! —exclamó él visiblemente contrariado—. Ven conmigo y te convencerás.

Y, cogiendo de la mano a su mujer, Stefan la condujo hasta el lugar, en el jardín, donde, según sus cálculos, había herido al presunto ladrón.

—Los muertos no sangran y este visitante nocturno habrá dejado un buen rastro... Estoy seguro de que le herí por lo menos tres veces. Y creo que no estará muy lejos.

Stefan examinó con detenimiento el jardín, marchando tras los pasos dejados por el zombi en el suelo.

Ni rastro de sangre.

Ni tan siquiera una sola gota.

Isadora se cogió con fuerza a su brazo y, mirándole suplicante, musitó con fervor:

—Llama a la policía, querido. Esto es más grave de lo que pensamos al principio.

Stefan examinó todavía aquellos alrededores, convenciéndose de que lo imposible, lo inverosímil, había sucedido.

Un hombre herido por varios balazos no había sangrado.

Y, mientras hacía caso a su mujer y regresaban ambos a la casa, Stefan no pudo por menos de preguntarse: «¿Será verdad eso de que hay zombis?»

Unos minutos después, llamaba a la policía.

Las trémulas llamas de los cirios negros se reflejaban en la cara del *Houngan*. La tez de este se había tomado grisácea. Sus labios se movían mientras recitaba las invocaciones al *Loa* del Mal.

—Babako dame tu ayuda. Soy tu fiel servidor. Dobla mis poderes para que pueda herir a mi enemigo.

Le heriré y atormentaré poco a poco.

Para que muera entre grandes dolores.

Y luego lo convertiré en un esclavo más.

Surande levantó entonces ambas manos y lanzó nuevas imprecaciones contra Stefan Corker, entremezclando las palabras criollas con las viejas lenguas africanas.

Con gestos pausados, como correspondía a quien estaba efectuando un rito, Surande tomó de encima de la mesa una redoma que parecía contener sangre. Roció con esta la *wanga* que tenía ante él, salmodiando unas palabras ininteligibles.

A continuación depositó la muñeca vudú sobre un trozo de tela negra y la espolvoreó cuidadosamente con unos polvos amarillentos, en los que estaban mezclados el Pachulí, la raíz de yohimbre, la de bayas espinosas, el polvo Yaka y el incienso de las Artes Negras.

Una vez concluida aquella operación, el *Houngan* sumergió la *wanga* en un recipiente de tierra, que contenía aceite de Zula-Zula y, con la mirada clavada en la muñeca vudú, concentró todos sus pensamientos en el hombre al que había sentenciado y en cuya habitación estaba la otra *wanga*.

—El hombre blanco es mi enemigo, Babako.

Su mujer es la presa que deseo para mí.

Ayúdame en mi empresa y te haré sacrificios.

Tres gallos negros y una cabra negra.

Luego, él será un zombi y trabajará para ti.

Ayúdame, Babako. Loa poderoso. ¡Ayúdame!

Terminada la nueva invocación, el *Houngan* introdujo la mano izquierda en el recipiente en que estaba la *wanga*. Sus dedos huesudos y sarmentosos comenzaron a oprimir la cabeza de la muñeca vudú

mientras sus labios murmuraban:

—Sufre, maldito blanco. ¡Sufre hasta que te llegue la hora de morir!

Contraída la boca en una mueca cruel, Surande prosiguió oprimiendo la muñeca hasta sentir que sus dedos abrasaban.

Entonces suspendió, momentáneamente, el castigo de la *wanga*, en la que estaba encerrado el espíritu de Stefan Corker.

Los gemidos de dolor de su marido tenían atemorizada a Isadora. Había enviado a Laurent en busca del médico, pero aún no había llegado ninguno de los dos. Y Stefan seguía retorciéndose en la cama, quejándose de que todo su cuerpo ardía y que parecía como si la cabeza le fuese a estallar de un momento a otro.

De pronto, cuando menos lo esperaba, Stefan se tranquilizó. Su mujer vio que se inmovilizaba en la cama y que la respiración se tornaba acompasada y regular.

— ¡Menos mal! —exclamó—. Ya pasó la crisis.

Porque ella creía que su marido había contraído alguna enfermedad tropical. De ahí que esperase que el médico pudiese ayudar y curar a Stefan.

Lo que Isadora no podía ni sospechar siquiera, por lo menos en aquellos instantes, era que su marido estuviese siendo objeto de un maleficio y que un *Houngan* cebara en él su odio.

Ella había olvidado por completo que ambos se hallaban en la misteriosa tierra del vudú. Además, considerándose una mujer civilizada, no creía que en pleno siglo XX pudieran producirse aquellas brujerías que tanto asustaban a los nativos.

Isadora no recordaba tampoco que a la mañana siguiente de haber llegado a Puerto Príncipe, cuando estaba en el hotel, tuvo la desdichada idea de asomarse al balcón, que daba a la plaza, cubierta solo por un transparente salto de cama, y que así había sido contemplada por el hombre más peligroso que podía encontrar: el *Houngan* Pierre Surande, en el que la visión de su cuerpo apenas entrevelado encendió los fuegos del deseo y de la pasión.

Desaparecida Marie Delasage, la mujer blanca a la que el *Houngan* había sacrificado, aquella otra de cabellos leonados y cuerpo escultural se había convertido para Pierre Surande en una presa apetecible. Y este, poseedor de los atributos mágicos que le propiciaba *Babako*, el *Loa* del Mal, había decidido que Isadora le perteneciese.

—Será mía... Exclusivamente mía...

Y el *Houngan*, gracias a la magia del vudú, estaba ya en camino de lograr sus nefandos propósitos.

Su primera meta consistía en eliminar el estorbo que representaba el marido. Para ello no tenía más que provocar su muerte.

El segundo objetivo era la mujer.

Isadora.

Una mujer apetecible, que Surande adivinaba sensual y voluptuosa.

Isadora.

La mujer codiciada, deseada, de la que se apoderaría y cuyo cuerpo poseería a costa de lo que fuese.

Por ella, por hacerla suya, estaba dispuesto a todo.

A matar.

Por Isadora eliminaría a cuantos se interpusiesen en su camino, aunque dejara tras él un reguero de sangre.

Pero, al fin, Isadora sería para él.

Una esclava blanca.

Una esclava para su único placer.

El día era fresco y hermoso, soleado. Atrás había quedado la noche con sus misterios, sus amenazas, su hostilidad.

El doctor Delasage entró en el despacho del comisario de policía, esforzándose por mantenerse erguido. Sin embargo, a Verquin le bastó con echarle una ojeada para darse cuenta de que el médico estaba muy «cargado». Como le sucedía últimamente, desde que enviudara.

—*Bonjour, commissaire*. Vengo a visitar al americano.

— ¿A míster Corker?

—Sí.

— ¿Cómo está?

—Peor. Su esposa cree que se trata de una enfermedad tropical... y en cierto sentido lo es.

El comisario enarcó una ceja y pidió:

—Explíquese, doctor.

—Antes me gustaría beber algo... ¿Tiene...?

— ¿No ha bebido ya bastante?

—Claro que no —respondió Delasage con una mueca. Y añadió—: ¿Qué puede ser lo que he bebido comparado con la inmensidad del mar?

Gilbert Verquin puso cara malhumorada, pero del cajón de su mesa sacó una botella de ron, que colocó ante el médico, ofreciéndole también un vaso y diciendo:

—Sírvase usted mismo.

Delasage así lo hizo y luego de beber un largo sorbo, apremiado por el comisario, dijo:

—Yo considero que el vudú es una enfermedad tropical y, sobre todo, una *especialidad* de Haití.

— ¿El vudú?... ¿Es que se ha vuelto loco?

—No. Y no crea que estoy tan borracho como para no darme cuenta de lo que sucede a mi alrededor.

El médico bebió otro trago de ron y, acercando su cara a la del comisario, añadió:

— ¿No le llamaron a usted la otra noche para que fuese a investigar acerca de la presencia de un intruso en *L'Esplendeur*?

—Sí, pero...

— ¿Y no le dijo Corker que había disparado contra aquel individuo y que estaba seguro de haberle alcanzado con varios balazos?

El policía frunció el entrecejo sin decir nada, adivinando ya a dónde quería ir a parar Delasage, el cual continuó:

—Sin embargo, a pesar de esa certeza de Corker, cuando registraron los alrededores no encontraron ni una gota de sangre. Y los negros de la plantación fueron unánimes en su declaración, ¿verdad?

Verquin asintió con un ademán.

—Para ellos y para mí la personalidad de aquel extraño visitante no ofrece lugar a dudas. ¡Era un zombi!

El comisario torció el gesto y replicó:

— ¿Y qué?

— ¿Le parece poco, comisario? —le espetó Delasage—. ¿Es que no se ha detenido a pensar en lo que podía buscar un zombi en la habitación de Corker?

—No, no lo he pensado, pero parece que usted sí —contestó sarcástico el policía—. ¿Por qué no me lo dice?

El médico se encogió levemente de hombros y exclamó:

— ¡Hombre de poca fe!

Con un gesto, Delasage pidió permiso al comisario para servirse otra ración de ron y, mientras llenaba de nuevo el vaso, agregó:

—El zombi pudo ir en busca de algunas de esas cosas que sirven para preparar un sortilegio vudú, o para hacer una *wanga*. Aunque también cabe la posibilidad de que no fuera a buscar nada... sino a dejarlo.

—A dejar... ¿qué?

—Una *wanga*, por ejemplo.

Y con tono reconcentrado, el médico añadió:

—Una *wanga* como la que encontré debajo de la almohada, en la cama de mi mujer. ¿Lo recuerda, comisario?

Verquin miró con fijeza a su interlocutor, que al terminar de hablar volvía a echarse un largo trago de ron al colete. En ese momento ya no le pareció al comisario que Delasage estuviese borracho. Sin embargo, considerando las exigencias de su cargo, el policía no quiso aceptar aquellos razonamientos y optó por tomar a broma las palabras del médico, el cual, luego de beber, siguió con su cantinela.

—He examinado al paciente sin encontrar nada que pruebe que padezca alguna enfermedad concreta. Sin embargo, cada vez está más desmejorado y la verdad es que empeora por momentos.

— ¿Quiere decir que teme un desenlace fatal?

Delasage respondió con un gesto afirmativo de cabeza.

—Sí, eso es lo que creo, porque, a mi entender, está siendo víctima de un hechizo vudú. Y tengo la convicción —añadió con el ceño fruncido— de que si examinara su habitación... ¿se encontraría una *wanga* como la que sirvió para causar la muerte de mi esposa Marie!

El comisario se levantó y anduvo hasta la ventana de su despacho, rumiando las palabras de Delasage. Luego, vuelto hacia este, con tono profesional, rezongó:

—No puedo admitir que esas cosas sucedan en nuestro civilizado siglo XX.

—¿No puede? —rió sarcástico el médico—. ¿Por qué?... Porque la ciencia ha avanzado muchísimo, ¿verdad?... Porque hemos sido capaces de desarrollar una civilización maravillosa, en la que participan la cibernética y la informática... ¿Es eso, comisario?

Verquin asintió con un gruñido, al que el médico replicó:

—Pues bien, amigo. Tenga en cuenta que esos adelantos materiales han impedido que progresasen las ciencias del espíritu. Y aunque hoy día se admiten como ciertos muchos fenómenos llamados paranormales, lo cierto es que en este otro terreno estamos tan a oscuras, o más si cabe, que nuestros antepasados medievales, aquellos que practicaban la alquimia, hacían filtros... y si se descuidaban eran quemados en la hoguera por ser herejes o por practicar la brujería.

El comisario iba a responder cuando sonó el timbre del teléfono cortando la conversación. Verquin avanzó la mano para responder a la llamada, pero ya su ayudante se había adelantado y, tras un breve intercambio de palabras, con quien telefoneaba, colgó el aparato para luego decir a su superior:

—Ha llamado madame Corker. Dice que su marido está muy grave, que está muriéndose...

Gilbert Verquin se volvió hacia el médico diciendo:

—No sé por qué habrá llamado aquí. Esto es cosa suya, doctor.

Pero el ayudante añadió:

—Es que madame ha dicho algo más...

—¿Más? —repitió el comisario—. ¿Qué ha dicho? ¡Acabe de una condenada vez, Dulfourt!

El ayudante tragó saliva y pareció vacilar antes de contestar, pero al fin acabó por decir:

—Madame ha telefoneado aquí para informar de que en la cama de su marido, entre el somier y el colchón, ha sido encontrada una muñeca vudú.

Las palabras del ayudante Dulfourt provocaron un silencio denso, casi palpable, ominoso.

El comisario y Delasage intercambiaron una mirada, que no podía ser más elocuente y que expresaba a las claras lo que ambos estaban

pensando acerca de lo comunicado en la llamada de Isadora Corker.

El policía fue el primero en reaccionar y se dirigió presuroso hacia la puerta de su despacho al tiempo que exclamaba:

—Quédese aquí, Dulfourt, y manténgase en contacto conmigo por radio. Y usted, doctor —añadió mirando a Delasage—, venga conmigo. Veremos si todavía se puede hacer algo.

El médico marchó detrás de Verquin, pero mientras cruzaba el umbral, rezongó entre dientes:

—No sé qué quiere que hagamos. La medicina es impotente contra el vudú. No podremos hacer nada... ¡Absolutamente nada!

Varios minutos después, un coche policial avanzaba a toda velocidad por el sendero que conducía a la plantación. La sirena ululaba con fuerza como si los ocupantes de aquel vehículo quisieran informar a los habitantes de *L'Esplendeur* que iban en su ayuda.

Pero... ¿serviría de algo su presencia?

A este respecto, el doctor Delasage tenía muy clara la respuesta: Ni él ni nadie podría evitar la muerte de Stefan Corker.

La sentencia del vudú era inapelable.

Implacable y mortal de necesidad.

El humo del incienso había invadido la habitación, aquella que era conocida como el templo del *Houngan*. Los cirios negros se quemaban lentamente, esparciendo una luz fúnebre, que contribuía a hacer más tétrico el ambiente. Delante de ellos, depositada sobre el lienzo negro, estaba la *wanga*, símbolo del cuerpo y del espíritu de Stefan.

Inclinándose sobre la muñeca vudú, Pierre Surande salmodiaba con voz monótona y bronca las invocaciones al *Loa* del Mal. Tenía ambas manos extendidas sobre la *wanga* a la que imprecaba con ira contenida, como si en ella estuviese, efectivamente, la capacidad vital de Stefan Corker.

La muñeca se veía ya atravesada de parte a parte por aguzadas varillas de acero, en las que el *Houngan* había concentrado su potencia mental para provocar en su víctima los continuos dolores que le estaban llevando, a pasos agigantados, a una muerte cierta.

La mano izquierda del brujo vuduista se aferró entonces a un cuchillo de cocina, tremendamente afilado. Los ojos le brillaron con fulgores de sangre al levantarlo sobre la *wanga*. Alzó después el otro brazo y ambas manos se cerraron en el mango del cuchillo, que permaneció así, en alto, durante unos cortos segundos, suspendido sobre la víctima simbólica como una espada de Damocles de nuevo cuño.

— ¡Por los poderes del gran Tonton-Macoute! —vociferó—. ¡Por el implacable Babako! ¡Y por Guede-Masaka!

El cuchillo centelleó en el aire al tiempo que las manos del *Houngan* lo bajaban con celeridad de vértigo, para clavarlo en la muñeca de cera, a la altura del corazón.

— ¡Muere, maldito!... ¡MUERE YA!

Y para que su condena no tuviese paliativos, para que se realizara tal y como deseaba, el *Houngan* removió el cuchillo dentro de la muñeca vudú, hurgando en el interior de la *wanga* con la punta del afilado instrumento, hasta que, dándose por satisfecho, una mueca de placer curvó sus labios.

Apoltronada en la mecedora que había hecho llevar al dormitorio, Isadora miraba a su marido con la preocupación reflejada en su rostro. Ella no podía creer en el vudú. Y sin embargo...

En las manos de la mujer estaba la siniestra *wanga*, encontrada en la cama, entre el colchón y el somier.

Los ojos de Isadora se clavaron en la muñeca vudú y el espanto se apoderó de ella.

— ¿Será posible —murmuró— que estas cosas sucedan en pleno siglo veinte?

Apenas había terminado de formularse aquella pregunta, para la que no tenía respuesta válida, cuando a los oídos de Isadora llegó el ulular de la sirena.

—Ya viene la policía.

La mujer se levantó y fue hasta la ventana, para ver cómo el coche policial se detenía frente a la mansión y cómo de él bajaban el comisario Verquin y el médico.

Isadora se dio cuenta de que Delasage se tambaleaba ligeramente al caminar y, haciendo un mohín de disgusto, murmuró:

—Está borracho otra vez... ¡Como siempre!

Luego, mientras salía al encuentro de los recién llegados, musitó para sí:

—Este hombre no está en condiciones de atender a ningún paciente y yo no me fío de que siga tratando a Stefan. Lo mejor será abandonar Haití cuanto antes, volver a la civilización y que atiendan a mi marido en una clínica como es debido.

La presencia de los dos hombres cortó el hilo de los pensamientos de Isadora. El comisario avanzó hacia ella con la diestra extendida, pero no para estrechar la suya, sino para reclamar la *wanga*.

—Déjeme ver esa muñeca...

Isadora le dio la figura de cera y sus dos visitantes miraron y remiraron la muñeca vudú.

El primero en romper el silencio fue Delasage.

—No cabe duda. Es una *wanga*... Parecida a la que encontré en la cama de mi mujer.

—Sí. Está en lo cierto —admitió a regañadientes el policía, dando vueltas en todas direcciones a la ominosa muñeca.

Isadora había palidecido al oírles. Miraba alternativamente al uno y al otro, esperando escuchar unas palabras de esperanza.

— ¿Qué se puede hacer? —preguntó ella, con visible ansiedad.

Gilbert Verquin frunció aún más el entrecejo y se encaró con el médico, interrogándole con la mirada. Pero Delasage se limitó a encogerse de hombros, manifestando así su impotencia.

— ¿Se le ocurre algo, doctor? —insistió Verquin.

—Sí, pero... dudo que tengamos tiempo.

—Si se trata de dinero —terció Isadora vehemente—, no tiene que preocuparse. Gastaré lo que haga falta con tal de salvar a mi marido.

El médico movió la cabeza, negativamente.

—No es cuestión de dinero, madame. ¡Ojalá lo fuese!

—Entonces... ¿de qué?

—De encontrar una *Mambo* que fuese rival o enemiga del *Houngan* que ha preparado este sortilegio —y el médico señaló a la *wanga*, todavía en las manos de Verquin.

— ¿Una *Mambo*? —repitió Isadora con expresión de extrañeza—. Yo no conozco, con ese nombre, otra cosa que un baile.

Delasage esbozó una sonrisa irónica. Y explicó:

—La *Mambo* es la principal sacerdotisa del culto vudú. Se dice incluso que tiene más poder que cualquier *Houngan*. Por eso decía —añadió—: que si contásemos con la ayuda de una *Mambo* tal vez podría salvarse su marido.

El médico dirigió una rápida mirada a la cama en la que reposaba, macilento y depauperado, el infortunado Stefan. Y agregó:

—Desgraciadamente, el embrujo... o la enfermedad, está ya a punto de culminar en el desenlace. Y este, mal que nos pese, será fatal. La muerte de su esposo es ya inevitable.

Isadora emitió un gemido y se puso a sollozar. El comisario se le acercó con ánimo de consolarla, pero, en ese preciso instante, el hombre que yacía en el lecho lanzó un terrible alarido.

Los tres se volvieron para mirar a Stefan.

Agitándose en la cama como un poseso, engarfiadas sus manos hasta parecer garras, desorbitados los ojos y soltando espumarajos por la boca, Stefan se debatía ya en una virulentas convulsiones y espasmos que preludiaban el final.

La muerte.

De repente, el silencio invadió la habitación y el cuerpo de Stefan Corker se distendió hasta quedar completamente relajado. Con una expresión de paz en su rostro.

El desdichado acababa de morir.

Para cerciorarse de que era así, el médico se inclinó sobre el

cuerpo del americano y verificó su pulso y aliento. Después, enderezando el cuerpo, dijo a Isadora:

—Si desea ser usted misma quien le cierre los ojos...

— ¿Está seguro de que ha muerto?

El doctor inclinó la cabeza, en gesto afirmativo.

—Por desgracia, no hay la menor duda. Nosotros mismos le hemos visto morir.

Isadora se abrazó sollozante al cuerpo sin vida de su esposo, mientras Delasage susurraba al oído del comisario:

—El vudú ha acabado con él. La *wanga* ha sido la portadora de la muerte. ¡Y contra esa maldición no tenía escapatoria!

La noche discurría con lentitud exasperante. Los minutos parecían horas. El aire se hacía denso y sofocante. La inmovilidad del cadáver tendido en el lecho contribuía a aumentar aquella impresión depresiva, que Isadora acusaba en la misma dejadez de su actitud.

La viuda se había hecho llevar la mecedora a la habitación del muerto y permanecía sentada en aquella, moviéndose ligeramente, siempre con la mirada fija en el esposo que acababa de perder.

El reloj de péndulo hizo sonar las doce campanadas.

Medianoche.

—Es la hora de las brujas... —murmuró.

Instintivamente miró a Stefan, pareciéndole extraño que no se moviese, que no hiciera el menor gesto, que no hablase, que ni siquiera respirase. Pero ¿cómo había de hacer algo de eso si estaba muerto?

Muerto...

Era preciso rendirse a la incontrovertible realidad.

Ahora estaba sola en aquella isla maldita, dueña de una plantación que no sabía cómo gobernar.

—Podría dejarlo en manos del capataz, de Cordelier, pero estoy segura de que me robaría a mansalva, sin que yo llegara a enterarme siquiera de que lo hacía.

Isadora movió la cabeza, negativamente. Sus cabellos leonados se agitaron y ella murmuró para sí:

—Lo mejor será deshacerme de *L'Esplendeur*, vender la plantación y regresar a los Estados Unidos. Podría instalarme en Los Ángeles y tal vez, incluso, dedicarme al cine.

El hilo de sus pensamientos se vio truncado al percibir un roce en su hombro. Se giró con rapidez y vio ante ella a su doncella, la mulata Colette, que le ofrecía un vaso.

—Le he preparado un ponche, madame. Tómeselo. Le hará bien.

Isadora estuvo a punto de negarse, pero la doncella le ponía ya el vaso en la mano y lo aceptó sin resistencia. Bebió un primer sorbo e hizo chascar la lengua, comentando:

—Está muy bueno...

—Termínelo, madame. Lo necesita.

Así lo hizo y, al terminar, devolvió el vaso a la doncella. Esta, mirándola indecisa, preguntó:

— ¿Quiere que le haga compañía, madame?

—Te lo agradezco, Colette, pero no. Prefiero estar sola.

—Como mande la señora.

La doncella se retiró tan silenciosamente como había entrado e Isadora volvió a quedar sola.

Sola con el muerto.

La viuda volvió a posar su mirada en el cadáver de Stefan, contemplándolo como si fuese aquella la primera vez que le viese.

—Era una medianía —murmuró, para luego añadir—: una medianía en el trabajo, en sociedad, en todo lo que hacía...

Se interrumpió a sí misma para hacer una rectificación.

—Bueno, había algo en lo que era sensacional. Haciendo el amor no tenía igual. Con ningún otro hombre disfruté tanto como con él. ¡Qué noches de locura!

Isadora se relamió como si saboreara una golosina y puso los ojos en blanco, mirando una vez más al muerto.

Levantándose de la mecedora, Isadora se acercó a la cama y le habló al marido muerto como si este pudiera oírla, entenderla...

—Dudo mucho que encuentre otro hombre que me haga gozar tanto como tú. Te echaré de menos. Stefan, sí.

Durante unos instantes permaneció erguida mirando al cadáver, como esperando una respuesta. Al no producirse esta dio media vuelta y anduvo por la habitación hasta detenerse junto a la ventana.

La luna, en cuarto creciente, brillaba en el cielo, poniendo destellos plateados en las copas de los árboles. No se oía el menor rumor. Todo estaba sumido en un silencio absoluto, denso, sepulcral. Eso la llevó a pensar en la ceremonia que se celebraría al día siguiente: el entierro de Stefan.

Los labios de Isadora se curvaron en una mueca.

—Tendré que vestirme de luto y recibir el pésame y las condolencias de personas a las que apenas conozco. Será una prueba más que soportar.

Sintiendo crecer en ella el malhumor, Isadora reanudó su paseo por la habitación.

—Daría cualquier cosa por tener «Valium» a mano. Con una pastilla tendría suficiente para dormirme, mientras que así... temo que me pasará toda la noche en blanco.

Tenía la agobiante sensación de que el corazón no le cabía en el pecho, que a poco que se descuidara escaparía de su cuerpo. También notaba una sequedad enorme en el paladar, como si tuviese la boca llena de arena.

—Necesito beber algo...

Isadora pasó a la habitación contigua y se sirvió un whisky a palo seco. No quería llamar a la doncella para no dar que hablar. ¿Qué pensaría de ella si estando el marido de cuerpo presente se ponía a beber? Isadora esbozó una mueca burlona y murmuró:

—Diría que hago como el doctor Delasage: beber para olvidar.

El whisky entró en su cuerpo como un torrente de fuego, pero la hizo sentirse mucho mejor. Por eso se sirvió otro vaso. Esta vez ya no tuvo aquella impresión, sino que paladeó el sabor del alcohol y pensó incluso que se le aclaraban las ideas.

En realidad, lo que el whisky provocó en ella fue un estado de falsa euforia, pero lo suficientemente agradable como para ayudarla a descabezar un sueño.

Sentada en la mecedora, delante del cuerpo sin vida de Stefan, la viuda de este consiguió al fin quedar dormida, sin que ninguna pesadilla fuese a perturbar su sueño.

Las alargadas siluetas de los árboles se perfilaban en el cementerio como índices que apuntaran al cielo. Sus sombras se cernían sobre la tierra y las personas que habían acudido al sepelio, para rendir el último homenaje al plantador, que apenas si había dispuesto de un par de meses para disfrutar de *L'Esplendeur*.

Vestida enteramente de negro, con un velo que apenas si dejaba transparentar su rostro, tal como lo exigen las costumbres francesas, Isadora asistía a la ceremonia con actitud ausente.

El sacerdote rezó las últimas oraciones y habló de las virtudes del difunto, aunque a Stefan no le hubiese visto más que una vez desde su llegada a Haití. Isadora le escuchaba asombrada.

«Este hombre —pensó— lo está inventando todo acerca de Stefan. Y sin embargo no dice nada de lo que es cierto. Ni una sola vez ha nombrado al vudú, que ha sido la auténtica causa de su muerte... Claro que, según la versión oficial, mi marido ha muerto de un ataque al corazón y no porque alguien, utilizando una *wanga*, acabase con su vida sin que se pudiera hacer nada para evitarlo.»

Un rictus amargo curvó entonces los labios de Isadora que vio como, terminado el servicio religioso, dos negros hacían descender el ataúd a la fosa que le estaba esperando.

Ella se acercó para echar la primera paletada de tierra. Después lo hicieron el doctor Delasage y el comisario Verquin, a los que siguió el capataz Cordelier.

Fueron los obreros de la plantación los encargados de cubrir con tierra el ataúd de su patrón.

Entonces comenzó el desfile de personas ante la viuda, que estrechó las manos de cuantos le ofrecían su pésame, oyendo sin escuchar las palabras de condolencia.

Los empleados del cementerio colocaron la lápida encima de la tumba, clavándola en la tierra, dando así fin a su trabajo.

Uno tras otro, los asistentes al sepelio fueron desfilando. Isadora quedó sola con el médico, el policía y el capataz. Cordelier fue el primero en romper el silencio para preguntar:

— ¿Tiene alguna orden que darme, madame... respecto al trabajo

en la plantación?

—No, Cordelier. Ninguna. Haga usted lo que crea necesario. Confío en usted.

El capataz inclinó la cabeza en gesto de aprobación y musitó unas palabras de agradecimiento, retirándose a continuación, seguido de los obreros que, con él, habían acudido al entierro de su patrón.

Mientras aquel grupo se alejaba del cementerio, el doctor Delasage se dirigió a Isadora.

—Si me lo permite, la acompañaré a su casa en mi coche.

—Gracias, es usted muy amable, pero prefiero ir dando un paseo. Necesito pensar...

— ¿Y no puede hacerlo allí?

—No, doctor. Aquella casa parece que se me cae encima. Tengo la impresión de que me encuentro prisionera entre sus paredes.

El médico dejó escapar un gruñido de disconformidad.

—Insisto, madame. No es conveniente que una mujer blanca y hermosa como usted pasee sola por estos andurriales.

Con gesto subrepticio, como si no quisiera llamar la atención, el médico indicó a Isadora la presencia de un grupo de jóvenes negros, entre los que se encontraba Bumbi, uno de los *Houncis* de Surande, aunque ese detalle lo ignoraban Delasage y el comisario, pues de haberlo conocido su actitud habría sido, probablemente, otra muy distinta.

Isadora volvió a negarse a aceptar el ofrecimiento del médico, pero el comisario terció a su vez.

—Comparto la opinión de Delasage, madame. En mi calidad de policía, me sentiría más tranquilo sabiéndola a salvo en su casa.

Isadora esbozó una mueca irónica.

— ¿A salvo en mi casa?... ¡No me haga reír, comisario! ¿De qué le sirvió eso a mi marido?

Los dos hombres callaron e intercambiaron una mirada, pero el policía no quiso dar el brazo a torcer.

—En este momento no me refería a eso, sino a la posibilidad de ser agredida y brutalmente ultrajada por unos nativos que, puede tenerlo por seguro, a estas horas deben saber ya que su esposo de usted ha muerto a causa del vudú, de uno de esos malditos sortilegios, y que así ha quedado viuda, sola, a su merced...

—En cuanto a lo de pensar —atajó Delasage—, ya tendrá tiempo más que sobrado para hacerlo. Y no creo que este sea el momento más oportuno para hacerlo. Lo que ahora necesita es descansar, tranquilizarse, tratar de olvidar esta pesadilla.

Isadora miró a ambos hombres y, como a regañadientes, musitó:

—Me doy cuenta de que los dos tienen razón.

— ¿Entonces...? —preguntó el médico señalando a su coche.

—Ya que tanto insisten acepto su proposición, doctor.

—Eso es entrar en razón —replicó Delasage, ofreciéndole el brazo para conducirla hasta su automóvil.

—Y a mí me ha quitado un buen peso de encima —corroboró el comisario yendo tras ellos.

Isadora subió al coche del doctor y se instaló junto a este, el cual, tras poner en marcha el automóvil, partió en dirección a *L'Esplendeur*.

Poco después, el comisario Verquin abandonaba a su vez el cementerio, en donde solo quedaron los jóvenes nativos que acompañaban a Bumbi, el *Hounci* de Pierre Surande.

Las sombras del atardecer presentaban batalla a la luz mortecina del sol, que podía decirse se batía en franca retirada. El crepúsculo se insinuaba ya en el horizonte prestando a las cosas, árboles y personas un aire entre fantasmagórico e irreal.

Bumbi avanzaba a paso rápido por el estrecho atajo que conducía hasta «La Caille», la plantación de Pierre Surande. Apartó de un manotazo las ramas bajas de unos árboles que le estorbaban el paso y siguió adelante, sin detenerse.

En la mente del joven *Hounci* había una idea fija:

«Tengo que informar al *Houngan*... Me está esperando».

Y Bumbi, acicateado por aquel pensamiento, apretó el paso.

Él estaba en lo cierto.

Varios de los fieles del *Houngan* se hallaban sentados en semicírculo, con los ojos clavados en su amo y señor, esperando las órdenes que este tuviera a bien darles.

El *Houngan* permanecía erguido, delante de la puerta de la casa. Tenía cruzados los brazos y los ojos fijos en el sendero, como si esperase que, de un momento a otro, apareciese por este el *Hounci* que enviara al cementerio como observador.

Bumbi dobló el último recodo del camino y, al ver a Surande, corrió presuroso a su encuentro.

— ¿Ha terminado ya el entierro del americano?

— Sí. Ya está bajo tierra.

— ¿Dejaste a alguien en el cementerio, vigilando?

— Tres jóvenes aspirantes quedaron allí.

— ¿Saben qué han de hacer?

— Sí. En caso de que sucediera algo extraño, uno vendría inmediatamente a avisar, mientras los otros dos se quedaban vigilando.

— ¿No ha quedado allí ningún blanco?

— No. Se fueron todos.

— ¿Y la mujer blanca?

— Se fue en el coche del médico. Les oí hablar con el comisario. Quedaron de acuerdo en que Delasage acompañaría a la mujer hasta

L'Esplendeur. Y, por la hora en que se fueron, pienso que ya deben de haber llegado.

—Bien, Bumbi. Has cumplido como bueno.

El *Houngan* palmeó las espaldas del joven, el cual se esponjó de satisfacción al ser felicitado ante los demás. Pierre Surande todavía añadió:

—Esta noche vendrás con nosotros al cementerio.

—Como tú ordenes, mi señor.

El *Houngan* se volvió entonces hacia Laplace, que se puso en pie al instante. Y Surande habló en tono autoritario a su ayudante:

—Haz venir a cuatro no-muertos. Se encargarán de desenterrar al americano. Con nosotros vendrán Bumbi y Mouton, los cuales cuidarán de vigilar para que nadie nos moleste ni interrumpa.

—Así lo haré.

—Antes de que nos vayamos, déjalo todo dispuesto para que esta misma noche sea celebrado el rito y el americano se convierta en un zombi.

—Se cumplirá lo que has dicho.

Laplace inclinó la cabeza en gesto de acatamiento y se retiró para cumplimentar las órdenes que acababa de recibir.

Una mueca cruel afloró a los labios del *Houngan*, complacido con la perspectiva de que dentro de unas horas, muy pocas, convertiría en esclavo suyo, en un no-muerto, al orgulloso americano que había sido el dueño de *L'Esplendeur* y de una mujer a la que él —Pierre Surande— codiciaba con todos sus sentidos y las fuerzas de su ser.

Isadora: una mujer que, a no tardar mucho, también sería suya porque ella... ella no podría escapar a los maleficios del vudú.

Convencido de que todo saldría a medida de sus deseos, Pierre Surande se plantó enjarras delante de la casa y miró la luna, que seguía alzándose en el cielo.

El astro de la noche ponía livideces mortales en las caras y cuerpos de las personas. El *Houngan* parecía haberse tornado de un color ceniciento, gris, ominoso.

Con los ojos inyectados en sangre, Surande le habló a la luna.

—Tú serás testigo de mi triunfo... Y también lo serán los *Loas* que me protegen. A ellos les ofreceré esa mujer blanca tan hermosa, de cabellos rojos como el fuego y de piel semejante a ti. Y si la mujer se rinde por entero a mi voluntad, si me obedece en todo... la convertiré en una *Mambo*.

Esta última idea hizo sonreír al *Houngan*, que alzó ambos brazos para saludar al pálido astro de la noche, símbolo de la muerte para muchos, pero que, para él, equivalía a un colaborador, un amigo, o un protector incondicional.

Igual que los *Loas* del Mal.

Después, sentándose en el suelo, frente al semicírculo formado por sus adeptos, el *Houngan* concentró sus pensamientos en la mujer, imaginándola ya rendida a su voluntad, a sus deseos.

Isadora era el objetivo que el *Houngan* tenía *in mente*.

Y el poderoso sacerdote del vudú permaneció en aquella actitud de concentración mental, en espera de que llegase la hora de pasar a la acción.

Era cerca de la medianoche e Isadora seguía sin poder dormir. La dominaba una sensación de inseguridad, un malestar físico que crecía en ella por momentos manteniendo sus nervios en tensión. Por más que lo intentaba no conseguía sumergirse en la negrura del sueño, y seguía desvelada por completo.

Los pensamientos de Isadora vagaban por el pasado hasta conducirla a aquel presente que le había tocado vivir.

Levantándose de la cama, la mujer encendió un cigarrillo y aspiró con fruicosa voluptuosidad el humo aromático del tabaco.

Acodada en la ventana de su habitación, mirando al exterior que se veía iluminado por una luz plateada pero difusa y mortecina, Isadora habló en murmullos, consigo misma.

—Stefan me aseguró que triunfaría, pero yo sabía que él era incapaz de abrirse paso por sí mismo. Le faltaban arrestos, decisión. Sin embargo, cuando le llovió esa herencia, del cielo o del infierno, cualquiera sabe, él lo puso todo a mis pies y se mostró tan eufórico como si el éxito lo hubiese conseguido con su esfuerzo.

Una triste sonrisa afloró a los labios de Isadora, que continuó con su monólogo.

—Y ha sido esa herencia, precisamente, la que le ha costado la vida. Aquí le aguardaba una muerte atroz... Pero, ¿qué me espera ahora a mí?... ¿Me convertiré también en víctima de ese maldito vudú? ¿Caeré bajo esos maleficios contra los que, según parece, no hay ningún remedio?

Aquellas preguntas, para las cuales carecía de respuesta, atemorizaban a Isadora. Presentía que a su alrededor se había tejido una red invisible e impalpable.

La mujer tenía la vaga intuición de que algo la amenazaba, aunque todavía no sabía qué era ni qué podía ser.

Desde la ventana seguía mirando al exterior, al jardín iluminado por la luna, a los campos sembrados de la plantación, sumidos ahora en una silenciosa inactividad.

Isadora giró sobre sí misma y miró a la cama. Cuánto hubiera deseado poder dormir. Pero eso era poco menos que soñar con un imposible, porque algo más fuerte que ella la mantenía en vela y en

un estado de máxima tensión.

El reloj de péndulo dejó oír las doce campanadas.

—Es medianoche otra vez —murmuró.

En esta ocasión no se atrevió a murmurar que aquella era la hora de las brujas. Isadora estaba viviendo demasiado de cerca todo el horror que acompañaba a la brujería, a la magia negra, al vudú.

De pronto, una especie de impulso la sobrecogió obligándola a moverse por la habitación y dirigirse hacia la puerta. Puso una mano en el pomo y lo hizo girar despacio, sorprendida de que la rodease un silencio tan denso.

Calzados los pies con unas chinelas y cubierto su cuerpo con la bata y un transparente camisón, Isadora salió de la alcoba y bajó hasta el hall de la residencia. Una vez allí, sin vacilar, abrió la puerta y caminó por el jardín sin importarle, ni preocuparse de que alguien pudiera verla de aquella manera.

Isadora marchaba hacia adelante, con pasos de autómata, como si algo o alguien la empujase y ella no supiera resistir aquel impulso ajeno a su voluntad.

La residencia de *L'Esplendeur* quedó atrás, aunque ella no se molestó ni una sola vez en girar la cara para mirar en esa dirección. Los ojos de Isadora parecían estar fijos en un lugar determinado, que no estaba aún a la vista.

El cementerio.

Sin embargo, poco después, Isadora alcanzaba a divisarlo y entonces su paso se hizo más pausado, pero continuó avanzando hasta empujar la puerta de hierro, que chirrió ominosamente sobre sus goznes, después de lo cual entró en el recinto y se encaminó decidida a la tumba de su esposo.

Bumbi se movió sigiloso, furtivamente, como una más entre las sobras del cementerio. Llegó junto a la tumba, de la que los no-muertos estaban extrayendo el ataúd que contenía el cadáver del americano. Al ver al joven *Hounci*, Surande le preguntó:

— ¿Ocurre algo, Bumbi?

—Sí, *Houngan*. La mujer blanca acaba de entrar en el cementerio y viene hacia aquí.

El *Houngan* sonrió feroz.

—La estaba esperando —murmuró.

Surande se hizo a un lado dejando que los no-muertos y el ataúd fueran lo primero que viese Isadora cuando se presentase allí.

«Ahora es mi oportunidad —pensó complacido el *Houngan*—. Ella misma se pone en mis manos...»

Y Surande se frotó las manos con sádico placer, seguro de que Isadora iba a quedar, dentro de unos pocos minutos, a su entera merced, bajo su poder.

Y la mujer llegó en aquel preciso instante.

Un grito de espanto quedó sofocado en la garganta de Isadora al ver lo que estaba ocurriendo. Bajo la luz de la luna, los cuatro zombies parecían lívidos cadáveres. Ya habían sacado el ataúd de Stefan Corker y dos de ellos se inclinaban para apoderarse del cuerpo sin vida del marido de Isadora.

— ¿Quiénes son ustedes?... ¿Qué están haciendo con el cadáver de mi marido?

Al ser interpelados, los no-muertos volvieron sus caras hacia ella. Isadora se asustó al ver la expresión de aquellas, pero sobre todo al observar que los ojos parecían no ver nada.

Volvió a gritarles.

Isadora no obtuvo la menor contestación.

Iracunda, avanzó hacia los no-muertos y comenzó a golpear a aquel de ellos que tenía más cerca, sin que el agredido hiciese nada ni por defenderse ni por rechazarla.

De las sombras surgió entonces la figura ominosa del *Houngan*. Caminó con paso lento y pausado hacia la mujer, hablándole en tono persuasivo, con palabras que parecían deslizarse como serpientes

hacia su víctima.

—Ellos obedecen mis órdenes... Hacen lo que les he mandado... Pero tú no tienes nada que temer.

Isadora miró con fijeza al *Houngan* y abrió la boca para responder agresiva, desafiante.

No pudo articular una sola palabra.

La mirada hipnótica del *Houngan* se había clavado en ella, en su cara, en sus ojos.

Isadora trató en vano de resistirse. Quiso apartar sus ojos de aquellos otros que brillaban en la noche como carbunclos.

No lo consiguió.

Isadora sintió que una voluntad férrea se apoderaba de la suya. Una voluntad dominadora.

Exigente.

La mujer quedó erguida ante el *Houngan*. Inmovilizada. A la merced de aquel. Como él deseaba tenerla.

Pierre Surande alzó su sarmentosa mano derecha y la pasó lentamente por delante de la cara de la mujer. Una y otra vez. Sometiéndola por hipnosis a su dominio.

—No tienes otra voluntad que la mía —dijo entonces el *Houngan* en el mismo tono persuasivo que utilizara al principio—. Me obedecerás en todo lo que me apetezca mandarte.

Y luego, en tono ya imperativo, Surande añadió:

— ¡Repítelo!

Con sus ojos clavados en los del *Houngan*, Isadora murmuró:

—No tengo otra voluntad que la tuya... Te obedeceré en todo lo que te apetezca mandarme.

— ¡Serás mía! —exclamó él.

Por un instante, la voluntad de Isadora pareció resistirse a aquel mandato, pero cuando él lo repitió, ella repitió sumisa:

—Seré tuya.

El *Houngan* dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Así me gusta —murmuró—. Y así tiene que ser.

Después, el *Houngan* se volvió hacia los no-muertos. Señaló el cadáver de Stefan Corker, que yacía en tierra, y ordenó:

—Happe y Toklas, vosotros cargaréis con el americano muerto y le llevaréis a «La Caille». Los otros os quedaréis aquí para volver el ataúd a su sitio y cerrar la tumba. Cubridla nuevamente con la tierra para que no se note que ha sido tocada y desenterrado el cadáver. ¡Poneos al trabajo!

Mientras los zombis designados cogían al muerto, uno por los pies y el otro por los sobacos, los dos restantes se disponían a obedecer el nuevo mandato de su amo y señor.

El *Houngan* se encaró entonces con Bumbi y Mouton.

—Vosotros os quedaréis en el cementerio con ellos, para vigilar y comprobar que todo queda como antes de venir nosotros. Nadie debe sospechar nada. ¿Entendido?

Los *Houncis* respondieron con sendos gestos afirmativos.

Seguro de que sería obedecido puntualmente.

Surande le habló entonces a su ayudante, que permanecía a la expectativa.

—Laplace, tú irás con los zombis y el muerto a «La Caille». Quiero iniciar el rito de conversión en cuanto lleguemos. Mañana ese hombre ha de trabajar ya en nuestra plantación.

—Todo quedó dispuesto tal y como ordenaste.

—Bien...

Una mueca de satisfacción curvó los labios del *Houngan*. Luego, tomando de la mano a Isadora, dijo:

—Tú y yo iremos juntos a «La Caille» —y mientras iniciaban la marcha, añadió—: Lo primero que haré es convertir en no-muerto a tu marido, pero después... inmediatamente después me ocuparé de ti, de hacerte mía.

Y, sonriendo con mayor amplitud, el *Houngan* siguió caminando, llevando de la mano a la sometida Isadora.

Los cirios negros colocados alrededor de la mesa, que hacía las veces de altar, iluminaban la escena de un modo tétrico. El rítmico sonar de unos timbales acompañaba la monótona cantilena entonada por los adeptos del vudú, cuyos ojos estaban fijos en el cuerpo tendido sobre aquella mesa.

El *Houngan* se acercó con extrema lentitud al presunto altar. Extendió ambos brazos sobre el cadáver mientras, en voz alta, pronunciaba unas palabras invocando la ayuda de Babako, el *Loa* del Mal.

Las tres *Hounsi-Concis* avanzaron hacia la mesa salmodiando un cántico a los *Tonton-Macoutes*, que al instante fue coreado por todos los presentes.

Laplace se acercó a Surande llevando en la mano un gallo negro, que se movía espasmódicamente, como si el animal presintiera lo inminente de su muerte.

El *Houngan* hizo un gesto imperativo. Su ayudante puso el gallo encima del cadáver del americano y, de un solo tajo, decapitó el ave, cuya sangre salpicó el cuerpo sin vida de Stefan.

Pierre Surande cogió entonces el gallo decapitado y lo paseó por encima del cadáver del americano, increpando a su víctima humana para que se convirtiese en uno de los esclavos de Babako.

Instantes después, exangüe ya el gallo negro, el *Houngan* arrojó al suelo el cuerpo del ave y posó sus manos sarmentosas sobre la cabeza de Stefan Corker, al tiempo que musitaba unas palabras conminatorias.

—Tu espíritu pertenece ya a Babako. Y por mediación mía también tu cuerpo se unirá a aquel. Has sido elegido para ser mi esclavo y para servir al *Loa*. De este destino ya no puedes escapar.

Surande extendió los brazos de forma que sus manos quedaran a la altura del cuerpo del americano, con las palmas dirigidas hacia abajo. Efectuó así unos pases destinados a impresionar más a los presentes y cuando consideró que había logrado su propósito, se tendió encima de la mesa, junto al cadáver de Stefan.

Al instante, Laplace se apresuró a cubrir con una manta ambos cuerpos, dejando solo a la vista las cabezas. Los adeptos pudieron ver

así como el *Houngan* le hablaba al muerto al oído.

En aquellos momentos reinaba un silencio impresionante y las palabras del *Houngan* pudieron ser escuchadas por todos los presentes.

—Permanecerás atento a mis órdenes... Cuando yo lo mande, tú te levantarás... Obedecerás mi mandato, porque lo formularé en nombre de Babako... ¡Aguarda a oír mi voz!

Surande se incorporó hasta quedar sentado en la mesa. Dirigió una amplia mirada en torno suyo y captó la gran expectación que reinaba entre sus adeptos.

El *Houngan* sonrió y se puso en pie.

Con los brazos tensos y extendidos, y las palmas de las manos dirigidas hacia el cuerpo del americano, Surande gritó con voz tonante:

— ¡Ponte en pie, Stefan Corker!... ¡Levántate y anda!... ¡Yo te lo ordeno, yo tu *Houngan*!

El silencio reinante hasta entonces quedó roto por aquel grito. Pero entre los circunstantes el silencio se hizo mayor todavía mientras esperaban el resultado del mandato del *Houngan*.

Entonces, cuando el americano se incorporó sobre la mesa y bajó de esta para dar unos pasos, el silencio de los asistentes se convirtió en entusiástico clamor.

Los fieles practicantes de los ritos vudús acababan de contemplar como un blanco —un hombre perteneciente a la raza odiada— se convertía en un zombi, como pasaba a ser un no-muerto, un esclavo de su *Houngan* y de Babako, el *Loa* del Mal.

Con gesto fatigado, Pierre Surande le hizo una seña a su ayudante para que se aproximara. Laplace obedeció presuroso y, señalando al nuevo zombi, el *Houngan* le ordenó:

—Condúcele ahora mismo a la plantación y ponle a trabajar inmediatamente.

— ¿Esta misma noche?

—Sí, aunque sea blanco no has de hacer con él ninguna excepción. ¿Lo has oído?... ¡Ninguna!

—Así se hará.

Laplace inclinó la cabeza en señal de asentimiento y, dirigiéndose al no-muerto blanco, le mandó ir tras él.

Pierre Surande vio cómo ambos se alejaban y una sádica sonrisa se dibujó en sus labios. Todo estaba sucediendo tal y como lo había calculado. Ahora solo le faltaba que con Isadora, la codiciada y hermosa mujer blanca, no se torciera nada.

Pero... ¿por qué habría de producirse un contratiempo si, hipnotizada, ella estaba ya por entero a su merced?

Tal y como lo había previsto, Isadora sería suya, enteramente suya, en cuerpo y alma.

Al espíritu lo dominaba ya y gracias a eso el cuerpo le pertenecería también.

Isadora sería para él. Por entero. Y nada ni nadie lo podría impedir.

Nada. Nadie.

Isadora se hallaba sentada en el borde de una cama. Inmóvil y silenciosa. No pensaba en nada, puesto que era incapaz de hacerlo. Sin embargo, en su subconsciente se estaba produciendo una auténtica tempestad, hecha de contradicciones, de ideas opuestas.

Ni por un momento se le ocurrió preguntarse qué hacía en aquella habitación desconocida.

Estaba allí y eso era más que suficiente.

Sin embargo, algo sinuoso se infiltraba en su interior. Igual que si un sapo ventrudo y baboso se deslizara por su cuerpo, por sus entrañas, provocando en ella una creciente sensación de asco.

La repugnancia a lo desconocido, pero no por ello menos temido, la hizo contraer el cuerpo como agitada por un espasmo convulsivo.

Isadora presentía una amenaza inminente. Algo terrible y real. Una agresión a su feminidad.

¿Una violación tal vez?

El subconsciente, que había estado elaborando aquellas ideas y las correspondientes sensaciones, le advirtió de la proximidad del peligro. La amenaza se tornaba real.

El *Houngan* acababa de entrar en la habitación.

La mujer giró la cara para fijar la mirada en el recién llegado, cuyos ojos se clavaron en los de ella, imperativos, autoritarios, exigentes.

—Recuerda quién eres y quién soy yo —dijo él con su tono persuasivo y con lentitud exasperante. Y sin alzar siquiera la voz añadió—: Eres mi esclava, me perteneces, y has de obedecer todos mis mandatos. ¡Repítelo!

Pasiva y sumisa, Isadora obedeció:

—Soy tu esclava, te pertenezco, y obedeceré todos tus mandatos.

— ¡Serás mía, en cuerpo y alma!

—Seré tuya, en cuerpo y alma.

Contrayendo los labios con satisfacción, Pierre Durante avanzó su sarmentosa diestra hacia el busto de la mujer. Lo acarició por encima de la ropa transparente que vestía, encontrando un tremendo placer al hacerlo. Luego, no conformándose con ello, ordenó:

—Desnúdate, ramera blanca.

Isadora desanudó el cinturón de su bata, que cayó al suelo, a sus pies. Después alzó ambos brazos para despojarse del camisón transparente, que en vez de velar sus encantos los ponía aún más de relieve al insinuar su belleza, haciéndolos más apetecibles.

El *Houngan* se pasó la lengua por los labios, que se le habían resecaado al contemplar la maravilla de aquel cuerpo femenino, que se le ofrecía voluptuoso y sensual en su atrayente desnudez.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida...

Al tiempo que hablaba, Surande fue hacia ella y posó sus manos sarmentosas en las formas turgentes que tenía a su alcance.

El *Houngan*, seducido por el cuerpo apetitoso de Isadora, no llegó a captar un movimiento instintivo de repulsión. El subconsciente de la mujer reaccionó sobrepujando a los mandatos hipnóticos. El asco que experimentaba Isadora al ser manoseada por aquel hombre era superior a las órdenes recibidas en estado de hipnosis.

Los ojos de ella se abrieron para ver qué sucedía. En manos de quién estaba. Lo que aquel negro repelente pretendía hacer con ella.

E Isadora lanzó un grito.

— ¡NO! ¡Nunca seré tuya! ¡Jamás te perteneceré!

Al mismo tiempo que lanzaba aquellos alaridos, Isadora empujó con violencia al *Houngan*, que retrocedió hacia atrás, tremendamente sorprendido por la insospechada reacción.

— ¡Sal de aquí! —vociferó ella—. ¡Vete de mi vista, maldito!

Y la mujer avanzó contra Surande con los puños cerrados, mostrándose dispuesta a luchar con él si era preciso, para salvarse del atentado contra su feminidad.

La reacción del *Houngan* no pudo ser menos violenta.

Echando espumarajos de rabia por su boca, se abalanzó sobre Isadora con los puños apretados. La golpeó una y otra vez, sin que los golpes que ella le propinaba a su vez le causaran la menor mella. Isadora trató entonces de eludir aquel brutal castigo, pero él ya estaba lanzado y continuó golpeándola.

Pierre Surande se portaba como un loco furioso.

Lanzando juramentos e imprecaciones, el *Houngan* golpeó la nariz de Isadora, que comenzó a sangrar. Ella abrió la boca para gritar, pero un tremendo puñetazo se la cerró, haciendo que el dolor se extendiese por toda la cara de la mujer.

La lluvia de golpes continuaba incesante e Isadora se derrumbó, vencida, cayendo al suelo, a los pies del *Houngan*.

—Te has resistido... pero eso no te librará de ser mía. Te conseguiré por la fuerza, ramera blanca.

Isadora tenía en la boca el sabor de la sangre y le costaba respirar. Una patada de Surande la hirió en el pecho haciéndola

boquear para aspirar algo de aire. Solo consiguió soltar unas bocanadas de sangre. Levantó los brazos para defenderse del aluvión de golpes, pero entonces Surande se dejó caer de rodillas en el suelo, separándole las piernas para violarla sin más demora.

La mujer comprendió que estaba llegando el momento decisivo y, sacando fuerzas de flaqueza, dobló una pierna para golpear al *Houngan* en el bajo vientre.

Mientras él lanzaba un alarido de dolor, Isadora giró sobre sí misma, en el suelo, para intentar incorporarse y escapar de allí, de su agresor.

No lo consiguió.

A pesar del dolor que experimentaba, Surande se abalanzó sobre el cuerpo desnudo de la mujer y trató de inmovilizarla.

Desesperada, Isadora estiró los brazos y de pronto, donde menos lo esperaba, su mano derecha atrapó un afilado cuchillo, el mismo que se utilizaba en los rituales del vudú.

Un sonido silbante surgió de los labios sanguinolentos de la mujer cuando se apoderó del arma y la empuñó.

Allí podía estar su salvación.

O la muerte.

Pero ella no tenía ninguna otra elección.

Con gesto rápido y decidido, Isadora llevó la hoja del afilado cuchillo a la garganta del *Houngan*. Y apretó con toda su fuerza, notando como el metal se hundía en la blandura de la carne y que de esta brotaba la sangre a borbotones.

Un alarido de muerte, el último grito, escapó de la garganta del *Houngan*, que estaba siendo degollado por Isadora.

Un alarido que fue recogido por el viento y repetido por el eco llegando a través de la plantación hasta el bosque y las montañas.

Un alarido que significó el final del *Houngan*.

Isadora se puso entonces en pie y, como incitada por una fuerza superior, desnuda tal cual estaba, salió de la casa.

La hermosa silueta de la mujer blanca se dibujó en el umbral de «La Caille». Delante de la puerta, en semicírculo, estaban los fieles adeptos del vudú.

Todos los presentes miraban silenciosos a la mujer de cabellos leonados y piel pálida como la luna.

Las tres *Hounsí-Concis* rompieron aquel silencio para susurrar con voz apagada primero, pero muy alta después:

—*Mambo...* Ha llegado la *Mambo...* ¡*MAMBO!*

Y Laplace, el que había sido ayudante del degollado *Houngan*, proclamó a su vez:

—Ella ha matado al *Houngan* para reinar sobre nosotros. La *Mambo* es nuestra nueva ama y señora.

Isadora captó el significado de aquellas palabras y levantó ambos brazos, mirando de frente a la luna.

Erguida, en aquella actitud de diosa, la mujer blanca de cabellos leonados, dejó que los allí presentes, adeptos a los ritos del vudú, desfilasen ante ella para besar sus pies.

Con ello concluía la ceremonia de consagración ritual.

Isadora Corker era la nueva *Mambo*. Y todos le deberían acatamiento y fidelidad.

Todos, sin excepción.

En aquella noche de tragedia, el viento arrastró el alarido del *Houngan* como un espeluznante mensaje de muerte, llevándolo más allá de las plantaciones del valle, para, rebasando los bosques, llegar hasta las simas más profundas y las cimas más elevadas de las montañas, en las que el eco lo repitió...

Y en «La Caille», en ese mismo instante, se produjo una serie de hechos sorprendentes.

Hechos que podían considerarse como sobrenaturales porque escapaban a las leyes de la naturaleza.

Hechos que los profanos o los incrédulos tildarían de fantasías o de supersticiones.

Pero, aunque a muchos les pesara admitirlo, la verdad era que lo irreal se había hecho realidad.

Uno de los cortadores de caña que, pese a ser noche cerrada, continuaba trabajando machete en mano, se inmovilizó de pronto y al grito de muerte respondió con otro del mismo tenor. Sus manos se habían alzado para aferrarse al cuello, con lo que lo único que consiguió fue que el afilado machete que empuñaba cercenara su yugular.

Y lo mismo les ocurrió a varios más de los macheteros, que se desplomaron, autodegollados.

Eran aquellos quienes hacía ya tiempo habían sido convertidos en no-muertos, y que si continuaban en aquel estado era única y exclusivamente por la voluntad de Pierre Surande. Pero, al morir este, el nexo de unión se había cortado definitivamente y tornaban a ser cadáveres normales por lo que, unos entraron en la fase de la descomposición y otros se convirtieron en descamados esqueletos.

Algunos, en cambio, si bien acusaron con sus aullidos bestiales la ruptura de su unión con el ya muerto *Houngan*, continuaron en su estado de muertos-vivientes.

Para ellos no variaba su destino. El único cambio iba a estribar en la persona a la que, en adelante, habrían de obedecer.

Y esa persona no era otra que Isadora, la mujer que había degollado al *Houngan*, convirtiéndose en la *Mambo* y heredando, por

tanto, el poder de reina del culto vudú.

Stefan Corker, por ser el último de los zombis, se encontró entre los «privilegiados».

Una voz, que le sonaba a conocida, se infiltró entonces en su mente de no-muerto.

—*Ven... Te estoy esperando... Te lo ordeno...*

Y Stefan dejó caer al suelo el machete para acudir hacia la casa donde le esperaba la que fuera su esposa, convertida ahora en la *Gran Mambo*.

Isadora había cubierto su desnudez con una capa amplia, que le llegaba hasta los tobillos. Ante ella se mantenían erguidos Laplace, sus *Houncis* y las tres *Hounsi-Concis*, que aguardaban sus órdenes.

—Quiero que todo siga igual que mientras reinaba el *Houngan* Surande. Los esclavos seguirán trabajando en el cañaveral y en la plantación. Y también espero que seré informada de cualquier muerte que se produzca para conseguir nuevos zombis.

Laplace sonrió servil y respondió:

—Serás obedecida puntualmente, *Mambo*.

—Es también mi deseo —añadió ella—, que salvo en casos excepcionales no venga nadie a verme a *L'Esplendeur*. De momento, al menos, no quiero que nadie me asocie con el vudú. ¿Está claro?

—Sí, *Mambo*. Y se hará como mandas.

Isadora esbozó una sonrisa de satisfacción e hizo un gesto de despedida a sus adeptos.

—Ahora ya podéis retiraros. Estoy esperando que venga el hombre que, en vida, fue mi esposo.

—Pero... ahora es un no-muerto —se atrevió a indicar Laplace muy sorprendido.

La sonrisa se hizo más amplia en los labios de Isadora al responder a su nuevo ayudante.

—Espero que ese detalle no sea demasiado problema para lo que espero de él. Pero, a ese respecto, pronto saldré de dudas.

Y, alzando la voz, exigió:

—Ya me oísteis. ¡Retiraos!

Todos obedecieron su mandato y se alejaron de la casa, en la que ella entró para dirigirse a la habitación, que ya había elegido para servirle de dormitorio cuando estuviera en «La Caille».

Dejando caer al suelo la capa que la cubría, Isadora se situó de cara a la puerta por la que esperaba ver aparecer, de un momento a otro, al esposo que le fuera arrebatado por la magia negra y el vudú. Su mano derecha se alzó instintivamente para acariciar la leonada cabellera que colgaba sobre sus hombros. Después descendió para acariciar los pechos erectos y trementes de deseo. Su otra mano se

deslizó sinuosa por el vientre para ir acercándose al triángulo de Venus. Pero antes de que llegara a posarse sobre este, Stefan entró en la habitación deteniéndose en el umbral, a la espera de las órdenes de la mujer que era ahora la *Mambo*, su ama y señora.

Isadora sonrió voluptuosa e incitante.

—Acércate, Stefan... Ven a mí... Quiero que me hagas gozar tanto o más de lo que conseguías en vida.

Y la mujer se tendió en el lecho, ofreciéndose voluptuosa, desbordante de sensualidad.

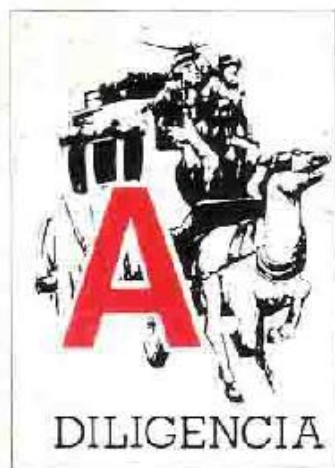
Stefan no podía hacer otra cosa que obedecer. Así lo hizo y ella le recibió con un grito de placer, murmurando entre gemidos y jadeos:

—Sigue así, Stefan, y haz feliz a tu *Mambo*... Mientras lo consigas estarás aquí, como un privilegiado, pero si me defraudas... tu *Mambo* te enviará al cañaveral y te reemplazará.

El hombre oía aquellas palabras y se doblegaba al mandato de Isadora, porque él ya no era dueño de su voluntad.

Stefan Corker era solo un no-muerto. Y ella... ¡Ella era la *Gran Mambo*!

FIN



**LA COLECCION
DE LOS MEJORES AUTORES
Y RELATOS DEL WESTERN.
CADA SEMANA EN SU KIOSCO.**

P.V.P. 110 ptas.



{1} Se dice del nacido de blanco y de mulata, o de mulato y blanca.

{2} Nombre que en el culto vudú se da a la Virgen María.

{3} Templo o lugar en donde se celebran los ritos del culto vudú.

{4} Licor alcohólico extraído de la caña de azúcar, producido por la fermentación de los despojos de esta.

Table of Contents

Título página

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30